

6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

PRIMER PREMIO:

El resucitado

Por **Rene Hector Puig**

Parecía que el rumor se había originado entre las manos harinadas de dos mujeres, entre los dedos que se hundían como todos los amaneceres en el amasijo para el pan. Tenía forma de pregunta, pero era casi una afirmación: ¿será cierto que hay un resucitado en el pueblo?

Solo bastó que el horno de barro exhalara el aroma profundo e inconfundible del pan recién cocinado para que la noticia se difundiera, se desparramara como una suave y ondulada danza árabe entre los primeros pobladores que despertaban.

El resignado valle agrícola sumido por la dominante cordillera en sus espaldas y por uno de los peores inviernos en la década de 1830, despertó de un sueño de mansedumbre. No se hablaba de otra cosa, no se pensaba en otro tema. Tanto crecieron los comentarios que en pocas horas se había conformado una ilusión colectiva, envolvente, que deambulaba entre la gente como un leve vapor de esperanza. Flotaba en cada vivienda, sobre los pisos de tierra y en las paredes de adobes, en los hornillos de leña, daba vueltas en la plaza desolada, ingresaba en la capilla sorprendida, y en los cuarteles de los castigos, tanto voló esa ilusión que llegó hasta los puesteros aislados en las serranías. Aquellos que parecían espectros envueltos en lanas y apenas caminaban entre sus cabras sueltas en el monte.

Aseguraban que era milagroso, con los poderes de un enviado de Dios, que recuperó su alma y la reincorporó a su cuerpo -se la bebió de un trago, decían- y que luego abrió los ojos y renació, que había caminado descalzo por las acequias vidriadas de escarchas, que había vencido desnudo el lacerante viento blanco y que luego apareció como un sonámbulo una mañana antes de que lo enterraran...era blanco y de pelo amarillo, decían.

Después de varios días los sentires tomaron tantas formas y dimensiones que la situación necesitaba una palmada de tranquilidad, por ello las pocas ancianas que quedaban como reserva de sabiduría, que no pasaban los 50 años, pero parecían eternas, rezaron toda la noche en torno de un fuego para entender lo ocurrido, hasta que el amanecer dejó un mensaje escrito en las cenizas que



solo ellas pudieron descifrar: “Dios ha terminado con su olvido”, revelaron, como si extendieran un manto de tibieza. Pero no fue así. Al día siguiente otra versión volvió a inquietar a la población: dijeron que la señora Isabel de Camposolo, dueña ancestral del pueblo, tenía la verdad, es más, afirmaban que podría ser la única que pudo verlo y rescatarlo.

Isabel de la Virtud Cuevas de Camposolo, viuda de oficio, era nada menos que la bisnieta del teniente de caballería Agustín Cuevas, adjudicatario por mercedes de tierras y acequias, desde el Río Blanco hasta el primer pico nevado al oeste, y desde las chacras de los indios bajos, hasta donde daba la vista al sur. La mujer seguía teniendo en las escrituras del Cabildo la posesión de todo el territorio donde se había levantado el pueblo.

Cuando comprobó que una tormenta había cubierto su vida, la señora Isabel respiró profundo y admitió que había llegado el momento de revelar el hallazgo, cuando ya no quedaban dedos que no la señalaran, ni voces que no la nombraran.

Preguntó a sus confidentes: ¿es milagroso? quien dijo eso, todos señora Isabel, le adjudican milagros increíbles, y más aún, señora, muchos se lo quieren llevar porque ya le tienen trabajo asignado, aunque sea un enviado de Dios.

Con los destellos de poder que le quedaban, convocó a los sobresalientes para una reunión de urgencia como si fuera una cuestión de Estado.

No faltó ninguno. Acudieron presurosos a la casona de la señora Isabel. Tenía un salón inmenso de reuniones, once habitaciones de huéspedes donde esporádicamente se alojaban visitantes ilustres, dependencias para la servidumbre y una larga galería con asientos de mimbres y altas botijas de barro cocido con formas de mujer.

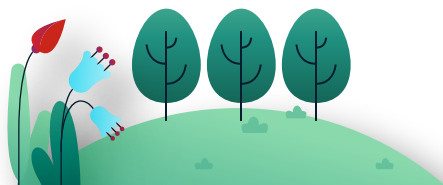
Cada uno ocupó la silla de costumbre. Reclamarían informes detallados del hombre enviado por los dioses, cualquiera que fuera, y expondrían individualmente sus argumentos para lograr la posesión del resucitado.

Isabel Camposolo ingresó al salón y se quedó parada en la cabecera de la mesa. Esperó que terminaran de discutir, pero ello no ocurrió, el murmullo siguió como el zumbido de un enjambre de abejas enojadas.

Escuchó que al resucitado le querían enseñar a disparar, a dirigir las tropas; que lo colocarían como símbolo en la Capilla para creer en los milagros de Dios y hasta quizás lo pondrían junto a la cruz en las misas, mientras otros, lo destinarían para construir fuertes porque entonces ya nadie le tendría miedo a la muerte, pero hubo quien sugirió que, si era cierto que era un resucitado y que se había curado solo, quien mejor para orientar al boticario en la mezcla de remedios, así los enfermos podrían curarse y habría más viejos; pero también haría falta para que escribiera los testamentos de aquellos fallecidos que se llevaron el secreto de sus tesoros a la tumba.

Rebalsada de fastidio, la viuda, sin introducciones, ni permisos, proclamando su decisión por encima de todos, gritó: ¡Se queda aquí! Nadie la imaginó antes capaz de lanzar tanta furia a través de sus ojos, ni contener tanto rubor en sus mejillas, ni ella misma lo sabía. Si hubiera estado delante de un espejo habría advertido que en ese instante había terminado con su palidez de enferma que sobrevivió durante sus 36 años de vida.

Volvió a gritar: ¡Lo mandaron a matar y ahora lo quieren, pero no se irá! Levantó la cabeza y buscó la aprobación definitiva en el cuadro gigante de su bisabuelo, cual si fuera un dios elegido por los dioses. Y allí estaba. De medio cuerpo, más enérgico y apuesto que cuando estaba vivo. Lo habían pintado con barba larga y prolija y uniforme azul, altivo, cruzado en el pecho con una banda de oro.





¡No va a ninguna parte! se animó a refirmar contagiada de la autoridad que su bisabuelo le confería desde la pared. A todos les digo: a usted cura flojo, más vale que ruegue y eleve sus oraciones para que Dios le perdone sus propios pecados; y a usted también, escribano de dedos largos, no sea cosa que saquemos cuentas de lo que ambos sabemos, y si tiene algo que decir, dígallo ahora. Ya sabe, no hay nada que escribir; y a usted capitán de pulperías y dormideras, perseguidor de niñas salvajes, esto es una orden, nadie de ustedes precisa al hombre de pelo amarillo, ni para levantar capillas, ni para atropellar tolderías, ni para servir en el cabildo, ya tienen demasiados esclavos.

Y con ustedes, damas sufridas y quejonas, tendré una conversación en otro momento, pero vayan sabiendo que tendrán que responder por sus conductas durante las ausencias de sus maridos. Eran tres, de la comisión de Caridad, apretujadas entre fajas, sostenes y volados.

Tomó asiento y sin mirar a nadie cortó un trozo de pan y pidió que le sirvieran vino. Cuando la jarra volcó el líquido tinto espeso en la copa, comenzó el almuerzo, sin otro tema que discutir.

Había sido herido a unas cinco leguas, cuando una partida de milicos lo descubrió en una tapera recóndita, escondida en el hueco de una ladera, lo persiguió y le cruzó medio costillar con un sable. Lo arrastraron con dos caballos entre huellas de montes espinosos y lo depositaron en el pajonal de animales de la casona. Lo arrojaron como un bulto nocturno de sangre sin comprobar si aún respiraba.

Aquella noche, a poco de que lo dejaron en el corral, se arrimaron hasta el cuerpo desvanecido dos gruesos brazos negros, con reflejos de luna y alma de mujer. Lo pusieron boca arriba y le rociaron la profunda herida con un caldo tibio. Le despegaron el pasto que se había adherido como un tapón en la abertura sangrante. Estaba tan entregado a la muerte que solo se movió cuando sintió que le hundieron en la cortadura una cinta de trapo remojado en aguardiente y mientras un fuego de brasas le seguía quemando, una aguja fina de tejer le cosió el cuero con hilos de tripa de cabra. Después, las mismas manos de piel sedosa le forzaron la boca para que tragara un jugo amargo y espeso, un brebaje que ingerían los esclavos, como ella, mujer de sombras, o como los indios rebeldes para soportar los tormentos.

Muy pronto le hizo efecto. No supo si el dolor se diluía o era que se extinguía la última chispa de su vida. La mujer lo acompañó con un ruego que trasponía las obscuridades invocando a los seres que no saben de la muerte.

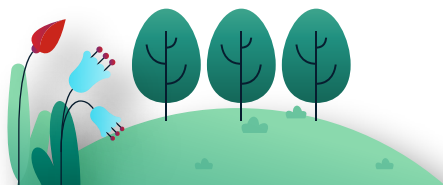
Cuando llegó la primera señal de luz, los brazos negros ya habían desaparecido y el rocío matinal del invierno le había amoratado los dedos, los labios y la cara, pero la herida empezaba a cerrarse. Cuando abrió los ojos estaba tan mojado y penetrado de humedad que podría haber sido un arbusto que crecía desde los arroyos.

Se incorporó y hundió los pies descalzos en la reciente orina de los caballos, entonces la tibieza le subió hasta el cuello como si se abrigara por dentro. Se incorporó, caminó hasta donde pudo y para no desplomarse se afirmó en el palenque de la entrada de la casona.

La señora Camposolo que desde la ventana lo había seguido con la vista, salió apresurada, lo tomó del brazo y lo llevó hacia el interior de la casa. Lo hizo cruzar el piso de tablones del primer salón y luego de un pasillo angosto, abrió la puerta de una habitación contigua a la de ella.

Esto de despertar de la muerte no es de gente normal, murmuró. Después que lo acostó, arrastró la tina de madera hasta el cuarto y empezó a llenarla con agua muy caliente.

Cuando finalizó la tarea, sin levantar la voz, le ordenó: quítese esos trapos de olor a caballo y báñese con cuidado, yo le ayudaré. Pero viendo que el hombre se había quedado inmóvil como un niño asustado, le gritó: ¡Qué se desnude le dije!





No sabía de dónde obtenía tanta fuerza de carácter y menos para imponer semejante actitud de un hombre.

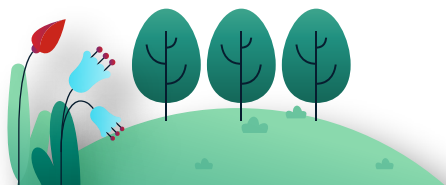
Sería la primera vez que observaría la naturaleza masculina, porque ni siquiera a su marido había visto desnudo. En su noche de bodas, el capitán de artillería Jacinto Borda Camposolo había tomado tanto licor que se desplomó sobre el lecho conyugal con su chaleco militar, su casco dorado y sus botas puestas. Al día siguiente lo despertaron con premura porque había que enfrentar a los indios que llegaban desde el sur. Nunca más la señora supo de él, se quedó con el apellido, pero sin saber si estaba casada.

Deje que lo ayude, le dijo, y de pronto, estaba arrodillada sacándole los despojos de pantalones y los jirones de camisa. Lo puso de pie y se retiró tres pasos para mirarlo como si fuera un artista que acababa de pintar un cuadro. Lo tuvo que sostener para que pudiera introducirse en la tina.

Con el jabón francés que había guardado durante ocho años y que pensaba utilizar cuando su marido regresara, comenzó a deslizar sus manos por la espalda, por el cuello, por la cara, una y otra vez, luego lo hizo poner vertical y cerrando los ojos, continuó por todo el cuerpo.

Ella misma lo tendió en la cama, mañana estarás mejor, le dijo, y le preparó comida en secreto, sin que nadie, ni siquiera la niña mulata que tenía a su servicio lo supiera.

Al tercer día, cuando la señora Isabel salió del cuarto sabiendo que el herido no moriría, sintió que su alma se había descomprimido, llamó a todos los sirvientes y les dijo que la casa estaba bendecida para siempre, les pidió que sembraran flores alrededor de la casa y del corral, y les explicó que el resucitado también podría dar órdenes igual que ella.





6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

SEGUNDO PREMIO:

El ascenso

Por Lis Claverie

Aquel día laboral fue el peor de todos para Fermín y, de los que vinieron después, más. El gerente del banco mandó a su secretario privado a convocarlo a su despacho y él se dispuso a responder el llamado de inmediato. Sería la primera vez que pisaba esa majestuosa oficina estando el gerente presente. Siempre la ventilaba y limpiaba, solo cuando aquel se había retirado.

Antes de presentarse, escurrió la mopa, vació el balde de agua y guardó todo en el cuarto de limpieza. Luego, pasó por el baño del personal, sacó el pequeño peine que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón y, mirándose en el espejo amarillento y cuarteado, se revolvió el cabello y lo alisó por segunda vez en la mañana, con abundante agua: trazó una raya perfecta desde la parte posterior de la cabeza, la pasó con maestría por arriba de una oreja y la remató en la sien. Después, cambió la orientación del largo puñado de pelo que había dejado crecer en uno solo de los lados, llevándolo hacia el costado opuesto. Así, se alfombró la cabeza.

Enseguida, golpeó con timidez la puerta alta y de dos hojas de la oficina del gerente y, a una orden de este, ingresó. El gerente lo recibió con unas muy fuertes palmadas en la espalda que casi le arrancan un gemido. No había pegado un párpado al otro durante la noche a raíz de los dolores que le provocaba una hernia de disco. Hacía tiempo que tendría que haberse sometido a una cirugía, pero la mutual no había cerrado convenio. Como el médico del hospital le había dicho que las hernias se producen porque con el envejecimiento los discos se van secando a causa de la pérdida de agua, había adquirido la costumbre de consumir mucho líquido durante todo el día, aunque sin resultados a la vista para la columna. Por el contrario, como la próstata le estaba obstruyendo la uretra, en lugar de dormir, se la pasaba levantándose de la cama para ir a orinar. Con el tiempo, este asunto tan molesto, le había provocado un insomnio muy terco. Por ese motivo, el urólogo le había recomendado que fuera a un psiquiatra para que le recetara unas pastillas para dormir. Fue al psiquiatra, pagó la consulta - si bien la mutual había cerrado el convenio, en ese momento estaba suspendida-, compró las pastillas y al llegar la noche tomó la dosis indicada. A la mañana, amaneció orinado por completo. Incluso, había tenido la desgracia de orinarla un poco a su esposa, quien padecía de reuma y, por el hecho de haber permanecido varias horas húmeda y con frío, no había podido levantarse de la

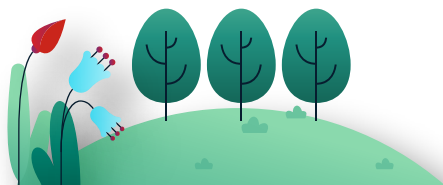


cama siquiera. Cuando le contó tamaño percance al psiquiatra, este le contestó: “La cosa es así Fermín: o dormís y te orinás, o, no te orinás, ni la orinás a tu mujer, pero no pegás un ojo. Vos elegí”.

El gerente lo invitó a sentarse en uno de los varios sillones que estaban al lado de su gran escritorio, mientras él lo hacía en otro. Al mismo tiempo, llamó a su secretario y le pidió que le preparara un té de manzanilla y que le trajera los audífonos. Tenía solo el cincuenta por ciento de audición en un oído y cero por ciento en el otro. “¿Vos qué querés tomar, Fermín?”, le preguntó a los gritos. “Nada, gerente, muchas gracias”, le respondió pudoroso. El gancho de la dentadura postiza superior se le había salido durante la noche y, para no faltar al trabajo, había salido del paso con un dudoso pegamento. Tenía miedo de quedarse sin dientes en esa situación si se humedecía la masilla improvisada.

El secretario llegó con el té y la novedad de que acababa de hablar la esposa del gerente avisando que los audífonos de su marido habían quedado en la gaveta del auto. “¿Vos me escuchás bien, Fermín?”, preguntó el gerente a los gritos. Fermín le contestó que sí y se quedó pensando por qué le preguntó eso si el que tenía problemas de audición y necesitaba escuchar bien era el gerente y no él. “Tan inteligente para ser gerente y, sin embargo, tan confundido”, siguió pensando. El secretario, a su vez, pensó que Fermín escuchaba perfectamente, pero le servía de muy poco su buena audición si, en cualquier caso, pobre, no comprendía lo que escuchaba y bien que todos lo sabían en el banco.

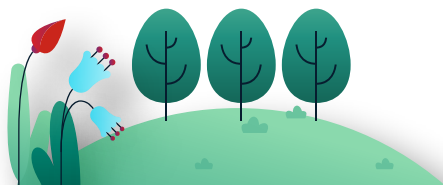
El gerente no dio rodeos. Le dijo que desde hacía un tiempo ya, venía meditando que el momento de su jubilación había comenzado la cuenta regresiva y consideraba óptimo ascenderlo. Salvo para cuestiones vinculadas al foot ball, en el léxico de Fermín no figuraba la palabra “ascenso”. Nunca había dicho “voy a ascender a la terraza”, sino: “voy a subir a la terraza”; “voy a ascender hasta el techo por una escalera”, sino: trepar; “voy a ascender los brazos”, sino: alzar. O, “cuando me muera voy a ascender al Cielo”, sino, directamente, “me voy a ir al Cielo”, lo que por otra parte en él sonaba raro, como si fuera pretencioso y no se le ocurriera hacer una pasada siquiera por el Purgatorio. De manera que no solo sintió una decepción horrenda que a duras penas pudo disimular, sino una gran desconfianza porque si había un vicio que tenía era, precisamente, ese: la suspicacia. “¿Un ascenso de qué?! ¿Dónde?!”, solo atinó a preguntar. El gerente le explicó que si por él fuera sería al primer escalafón administrativo, pero eso era imposible pues se trataría de un acto de corrupción que iría en desmedro de otros muchos empleados que tenían más derechos por méritos tanto laborales, cuanto personales. Por eso, el ascenso sería al último escalafón, lo que no solo era admisible, sino igual de provechoso pues representaría para él un considerable aumento del sueldo y, a posteriori, del haber jubilatorio. Fermín no entendió qué era escalafón y qué administrativo. “Pensé que me mandaría a limpiar el segundo piso”, le dijo con una expresión de reproche. Conocía de memoria el primero y bastante del segundo; sin embargo, al último jamás había entrado. El gerente, riéndose, argumentó que eso no sería un premio a su bonhomía, honradez y contracción al trabajo durante décadas. Mandarlo al segundo piso, atestado de muebles en desuso y de papeles, por lo que suponía que también de pulgas y polillas, sería un castigo. “Estoy acostumbrado a los castigos desde que tengo uso de razón, gerente. También, a combatir pulgas y polillas con mucho éxito. Y si es cierto que no quiere castigarme, no me mande al último”, remató ya algo envalentonado. El gerente no lo escuchó, entonces le pidió que se lo repitiera apantallándose el oído sano. Fermín aprovechó para desahogarse y le gritó mucho más de lo necesario. Al cabo, el gerente afirmó que de aquello no le cabía duda alguna. Si él no fuera un experto en las materias vinculadas a la escoba y el plumero, productos anti bichos y afines, no habría explicación para que un edificio de tantos años como ese se viera igual que recién estrenado. “Discúlpeme gerente, pero si usted reconoce mi gran experiencia en limpieza y, sin embargo, la desdeña, no me queda otra opción que pensar que me miente y, por lo tanto, que me subestima”, se atrevió a increparlo abiertamente y si no dijo más fue porque sintió que la dentadura se le despegó de un costado. El gerente comenzó a azorarse. Le explicó que, precisamente, porque lo estimaba pretendía mejorar sus condiciones de trabajo presentes y futuras. “Ah jajaja, ahora voy cayendo en la cuenta. Si me habla de mejorar mis condiciones de trabajo y esa mejora consiste en subirme al último piso, es porque usted está convencido de que mi labor desde hace casi cuarenta años es peor que la que desempeña el empleado más raso de todo el banco”. El gerente, colorado, le





dijo que con seguridad ese no era un buen día para él; tal vez, tendría problemas en el hogar o se sentiría enfermo, por lo que estaba dispuesto a tenerle paciencia por hoy y explicarle que al hablar de mejorarle las condiciones de trabajo se refería a un sueldo mayor, entre otras cosas. "Usted será mi jefe y además doctor, aunque no por eso tiene derecho a ofenderme deslizando, como quien no quiere la cosa, que tengo el signo pesos en la frente. ¡Eso sí que no, señor!". El gerente no daba crédito a lo que estaba escuchando, tanto que llamó a su secretario de testigo y en su presencia le aclaró que en ningún momento deslizó que fuera hombre metálico. Todo lo contrario, siempre lo creyó demasiado bonachón para este mundo en el que, quien no corre, vuela. "¡Esto es el colmo!", gritó Fermín. "¿Usted qué quiere decir? Que, si no corro, ni vuelo, ¿me arrastro? ¿Qué soy un rastreiro, acaso?" El gerente miró al testigo, buscando asegurarse de que ambos escuchaban lo mismo. Como lo confirmó, respiró profundo, contó hasta veintisiete y retomó las explicaciones. El hecho de que una persona no corra, ni vuele, no significa que se arrastre. Perfectamente, puede caminar, le dijo. "¡Ja! No sea ignorante, ni me haga reír por favor. ¿Usted cree que un edificio que es una antigüedad, una reliquia de ciento cincuenta años, como este, se mantiene caminando, empujando una pierna y después otra?" El gerente, que ya se rascaba la cabeza, ofuscado, conminó a Fermín a dejar de hacerse el loco o, caso contrario, se vería obligado a aplicarle una sanción que bien podía ser el despido. El secretario intentó hacerse escuchar: Fermín no se hacía, era. Pero el gerente no lo alcanzó a oír. Fermín comenzó a gritar: "¡Usted es un dictador! No solo intenta llevarme al último piso, seguramente con la intención aviesa de que el techo se me derrumbe en la cabeza; no solo me subestima; trata mi trabajo como el peor de todos aquí; me califica de materialista; me insulta diciéndome rastreiro; se burla porque no sé correr, ni puedo volar y me agrade diciéndome que soy loco, sino que, encima, ¿me amenaza con aplicarme una sanción?" El gerente se dio por vencido y le reconoció que sí, que lo había subestimado porque nunca se le cruzó por la cabeza que pudiera ser tan retorcido, lo cual exigía de una mente suspicaz que él jamás creyó que la tuviera. "¡Por eso, por retorcido, queda despedido!"

Cuando Fermín llegó a su casa le contó a la mujer que su jefe lo quiso "ascender". "¡¿Y?!", preguntó ella con la voz temblona de la emoción. "Tranquila, me defendí como pude", contestó orgulloso.





6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

TERCER PREMIO:

La cabaña en la pradera

Por Ricardo Jacinto Capara

Caminó lentamente, por la calle polvorienta del pueblo, casi fantasmal, acariciando el nacar del Colt 45 colgando de su cintura. Su mano derecha se abrió y sus cinco tensos dedos se aprestaron a desenfundar el arma que terminaría con la vida de Billy, el más terrible bandolero del Viejo Oeste. Era "La hora señalada" para que de una vez por todas, Billy, dejara de existir. "El tren de las tres y diez a Yuma", partiría como todas las semanas a horario, y él se iría en ese convoy sobre rieles después de protagonizar y vencer en este "Duelo de titanes". Billy, el malo, el diabólico, el temido por las damas del Saloon tenía los minutos contados. Los pocos habitantes de ese perdido lugar de Texas, amparados en sus casas de madera, observaban asustados desde sus ventanas la dramática escena, esperando un feliz desenlace que llevara la paz, de una buena vez, a ese infierno que el tal Billy se había encargado de convertir. Los dos hombres se miraron a los ojos desafiantes, alertas al mínimo movimiento uno del otro. Eran cuatro ojos fijos de los cuales dos quedarían vidriados en pocos segundos más. Billy, con un rápido movimiento llevó su mano hacia la cintura adelantándose para desenfundar, y...

¡Danielito, vení a tomar la leche! ¡Nooooo!, otra vez su mamá, siempre arruinando el mejor momento del día, no se puede ser un héroe en circunstancias como estas.

-Ya voy, ma...

Billy seguirá viviendo, lo salvó la misma campana diaria que no entiende que él es el sheriff del envejecido pueblo y tiene que cumplir con su deber! Nada más y nada menos que mantener la paz y el orden, que no es poco, qué tanto.

-¡Y después te vas a tu cuarto a hacer los deberes!

-Sí, ma...



El café con leche no está tan mal, con las tostadas con manteca que le prepara su madre, Danielito sabe que seguirá siendo fuerte para desempeñar el trabajo que los habitantes del pueblo le han encomendado. Pero él tiene otra obsesión a esa hora de la tarde; mirar desde la ventana de su cuarto, la ventana del cuarto de Nina, su vecinita de enfrente. Ella es dos años menor aunque le lleva una cabeza de altura. Todas las chicas son más altas que él, pero parece que es así cuando uno es niño. Las nenas desarrollan antes, dice su mamá; él, no entiende qué significa.

Danielito apoya sus codos en el marco de la ventana, tomándose el mentón con las dos manos y, con una enorme sonrisa de felicidad, observa a Nina que recién a llegado de la escuela. Hermosa, rubia, de ojos azules, Grace Kelly, tal cual, una dulzura que al pobre lo tiene loco de amor. La niña pone un disco de Paul Anka en su tocadiscos y comienza a bailar y tararear una canción. Danielito muere, es un momento sublime. Ella lo ve... se acerca a la ventana... y ¡le saca la lengua poniendo cara de odio bajando la persiana de un zopetón! Lo mató de verdad.

La secuestrará, decisión tomada, lo hará cuando ella vuelve del colegio y tan lejos de su casa que su mamá se quedará ronca llamándolo a tomar la leche. Nada arruinará ese momento. La obligará a subir a su brioso corcel de dos ruedas y cabalgará con ella por todo Texas, cruzará ríos y lagos, no se detendrá en Oklahoma, ni en el Cañón del Colorado, ni tampoco en el Mountain Valley. Hasta Wyoming no parará y, una vez allí, en una hermosa pradera, construirá una cabaña para los dos con sus propias manos. Con un hogar que siempre estará encendido, para que Nina le caliente un guiso de venado o conejo que él cazará, mezclado con frijoles que ella cultivará en una huerta, hecha... atrás de la cabaña... sí, atrás estará bien. Tendrán diez hijos rubios de ojos azules como Nina. Defenderá su cabaña del ataque de Sioux, Comanches y Apaches y jamás el cuero cabelludo de los dos será trofeo de ningún piel roja. Ya está planeado, ahora a los hechos.

Llegó el momento, a mitad de cuadra desde donde Nina aparecería doblando en la esquina, espera ansioso, Danielito. Su bicicleta lista, su revólver colgando de su cartuchera a la cintura, su sombrero texano haciéndole sombra en los ojos. Todo, regalo de su último cumpleaños. Tensa espera... Ve asomar la pierna izquierda de Nina... Ahora toda ella que dobla en su dirección, decidida, altanera y... ¿Quién es ese pibe que la lleva de la mano? ¡Nooo! ¡Por Dios, qué pasó! ¡Y vienen riéndose como dos tarados! El pibe habla pavadas y ella se ríe a más no poder, no puede ser, y es más alto que ella y por consiguiente que él. ¡Es Gary Cooper! Se acercan, ella tiene las mejillas rosadas, los labios más grandes, una sonrisa de felicidad inmensa. No lo ve a Danielito, ni lo registra, pero el pibe sí; lo observa vestido como un cowboy, le sonríe burlonamente, hace un amague a su cintura y, como si sacara un arma, le apunta con el dedo al pobre Danielito y le dice: ¡Pum! Luego se sopla el dedo como si estuviera humeante por el disparo.

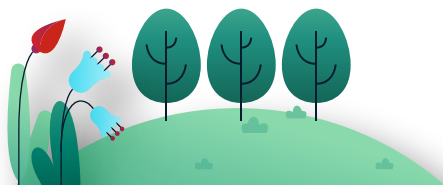
Danielito siente que la bala le traspasó el pecho; el sol se cuele de lado a lado. Cae con la sangre que sale a borbotones; un hilo de ese líquido rojo y viscoso baja desde la comisura de sus labios. Billy, el malo, lo venció. Fue más rápido que él. El pobre dejó de ser el más rápido del Oeste. No le dio tiempo ni siquiera a acariciar el nacar de su Colt. Se muere. En minutos, el sepulturero vendrá a tomar sus medidas a lo largo y a lo ancho de su cuerpo, para construir un cajón de madera vieja por el que se meterán: cucarachas, gusanos y ratas que devorarán su carne mientras se va pudriendo con los días, allí, bajo tierra. Es... es... The end.

-Daniel, mi amor, voy a preparar café, ¿quierés una taza?

-Si, mi vida, dale. Le dice a su esposa mientras teclea a más no poder su Olivetti, sin sacar la vista del papel blanco en el que van apareciendo letritas que forman palabras, frases.

-¿Qué escribís, cariño?

-Una nueva novela.





-¡Ah! ¿Es otra policial?...

-No, esta es romántica...

-Me gusta, y yo, ¿estoy en esta historia?...

-Siempre estás en mis historias.

-Ay, qué lindo y en una de amor.

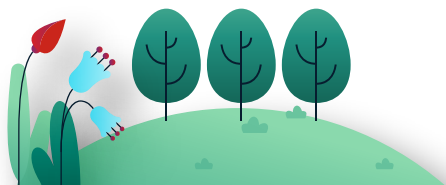
-Sí, pero habrá una muerte terrible, muy terrible.

-¡Nooo! ¿En serio?

-Sí, es así... Decime, Nina, ¿cuál era el nombre de ese chico que iba con vos a la escuela?

-¿Qué chico?

-Ese, que fue tu primer noviecito.





6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

FINALISTA:

59

Por Adriana Elizabeth Angolian

Cada vez que quiero ir para la Biblioteca nacional, me tomo el 59. Noble línea el 59, de esas que un domingo lluvioso, a las 4 de la mañana, medio borracho y con el último cigarro, siempre llega. Su recorrido, de sur a norte, te da un lindo paseo de la ciudad. Siempre pensé que sería el colectivo perfecto para turistas. Arrancan en la Boca (pasa que no veo muchos turistas por Parque Patricios o Dock Sud). Caminito, bohemia, tango, recuerdos y baratijas, hasta el colorido de las casas parecen borrar la desidia que esta separada por 200 metros y un puente. Se vuelven a subir y tienen la próxima parada obligada en el Obelisco. Fotito con el monumento, pasearan un rato por el centro porteño, una visita al fantástico teatro Colón, de ese sí podemos alardear nosotros eh. Si es un poco pillo e investigó, pasa por Corrientes y se clava una pizza en alguna de sus icónicas pizzerías. Si es amante del teatro, al Cervantes. Y si le gusta leer... bueno, librerías no faltan digamos. Montan de nuevo en el colectivo, siguen por 9 de Julio y después doblan por Santa Fe. El bondi baja por Callao, quizás con suerte ya escucharon ese tango y sonríen. Próxima parada, chofer. La Recoleta, el trunco intento parisino. No importa, se bajan, caminan un rato por sus plazas, visitan el centro cultural y el cementerio, de paso se enteran quién fue la señora de la gigantografía en la 9 de Julio. El colectivo sigue para el norte, quizás alguno termine caminando a orillas del río. No estaría mal para finalizar el recorrido. Las Heras y Agüero, esta es mi parada. Ojalá les vaya bien, que se queden con un buen recuerdo nuestro, creo.

En fin, vengo a la biblioteca bastante seguido, me enamoré de la vista a los jardines, de su silencio, su solemnidad. La terraza es la pareja perfecta para el pucho de descanso. Los de la entrada ya me conocen, alguno que otro hasta me saluda. Siempre me siento en el mismo lugar, las mesas redondas del sexto piso. Me da un panorama perfecto de todo el lugar. Alrededor mío, grupos de estudio, nunca entendí para que se juntan si ni siquiera hablan. ¿Que hacen? ¿Se apoyan telepáticamente? Abajo se ven unos bancos de madera, antiguos, bien pulidos. Arriba de cada uno, viejas lámparas verdes de bibliotecaria o escritor. Aquellas que lo hacen parecer a uno un poquito más inteligente.

Debo confesar que no soy un ávido lector. Me gusta leer, pero no tanto como para venir acá tres veces por semana, no. Lo que me gusta a mí, es sentarme y observar a la gente. La regla del silencio

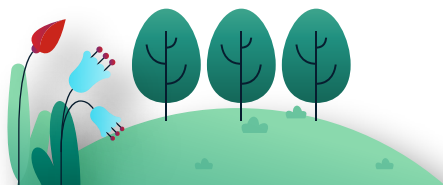


me hace sentir cómodo, encajo a la perfección. Siento que puedo estar horas callado, analizando a la gente, sin desentonar ni un poco del cuadro. Me gusta ver a la gente, imaginarme cómo son, fantasear acerca de sus sentimientos, analizar sus movimientos. La multitud siempre me ha generado cierta incomodidad. Mi inseguridad tuerce mi mirada hacía el suelo. Siempre supuse que es porqué pienso que todo el mundo hace conmigo, lo que yo con los demás. Puede sonar medio prejuicioso, pero es solo un juego. Siempre llevo un libro de fachada, naturalmente, en una biblioteca, tampoco hay que ser muy ingenioso.

Hoy es un día tranquilo, no hay demasiada gente. Al lado mío hay un gordito masacrando el resaltador. Se lo nota atribulado, con sus anteojos como lupa veo como hace 5 minutos está en el mismo párrafo. Esas habilidades se desarrollan solo con el tiempo. Debe estar estudiando para algún final, estamos en la época. Su pierna tararea el ritmo de una música electrónica muy extrema, de las que están de moda. Se toca la cara constantemente, el pelo es un mar picado de tanto revolver. No parece serle fácil la cosa, debe estar en los primeros años de la carrera de Historia, sí, de la UBA. Tiene que leer tanto, que no puede leer ni un poco. No me pregunten como lo sé, ya son tantos... Igual, a tipos como estos los admiro. El flaco se viene un sábado a la tarde noche la biblioteca, solo, con un cuaderno de fotocopias anillado, dispuesto a dejarlo todo. Sé que le cuesta una barbaridad, y como lo sé, lo admiro el doble. El loco esta frustrado, frustradísimo, dijo "hoy meto todo" y a la página 25 de 300, se le armó un quilombo bárbaro. Pese a mi admiración, ya me aburren un poco, tantos de estos vi pasar. Algunos vuelven y hacen la misma escena una y otra vez. Ya les saco la ficha en seguida y paso al siguiente.

Abajo, amparados por la luz verdacea veo a dos pibes sentados, pegados uno con el otro. La piba, mirando fijamente su computadora gris, muy bien arreglada, prolija, no se le sale ni un pelo del rodete. Es de esas que subrayan con regla, porque si se sale el amarillo de lugar y roza la frase de arriba, ya se ponen nerviosas. No sé si 10, pero 8 seguro, tampoco me pueden pedir tanta precisión. Lo que me llamó la atención fue la contraposición con el chico a su lado. Estaba totalmente desaliñado, un poco más y rompe el respaldo de la presión. Rubio, el pelo un poco largo, pero muy rebelde, parecía fijado. Lo acomodaba y se quedaba quieto. Vestía una remera negra que supo ser un festín para alguna afortunada polilla. Los pantalones deportivos de un club desconocido del ascenso, será Flandria o Comunicaciones, no sé. Su falsa seguridad me demuestra como se lo comió el personaje. Clásica faceta de adolescente, parece no importarles nada, y parecen muy bien, pero no ante el ojo de un experto. Les importa hasta el más mínimo detalle y por eso se van hacia el otro extremo. Siempre me decía mi viejo, "la vida es como un anillo, los extremos se unen", cuanta razón tenía. Llevaba una hoja con más garabatos que palabras, la leía un rato, se aburría, y le empezaba a hacer preguntas tontas a su compañera. Se reía, hablándole por lo bajo al oído. La tocaba casi sin querer, inocentemente. Me hizo acordar un poco a la primaria, que cuando te gustaba una chica la molestabas y le hacías chistes tontos, y si tenías suerte, ella sonreía iy a seguir con la pantomima! Efectivamente la siguió ¡Que suerte, pibe! Sean felices. No creerán cuantas parejas vi formándose en la biblioteca, sí sí, así como escuchan. Esta bien que dije que me gusta mirar, pero conozco los límites de la privacidad.

Paseo la mirada por el salón, hojeando y marcando mi libro de vez en cuando. Mi actuación es soberbia. Me centro en una chica, el pelo rojo, ondulado, camisa blanca, un poco abierta. Ese diciembre fue terrible. Lucía una pollera negra, larga pero ajustada, típica de profesional. Tenía pinta de abogada. Claro, la facultad le queda cerca, aprovecha y viene para acá. Debe estar estudiando para un máster, un doctorado, una cosa de esas. Esos rasgos elegantes me llamaron la atención al instante, su cara angulosa tenía un sello distintivo, era hermosa. Pero no de esa belleza que alaban a modelos en la televisión, era distinta, incomparable. Me sacó de mis casillas, me ganó en mi juego, no puedo adivinarle nada más. Era elegante hasta para escribir, lo único que atine a fantasear fue sobre aquella cursiva, esa letra de firma de constitución. Me inspiraba esa seguridad que necesito. Esa seguridad que me permitiría, en vez de pretender conocer a todos, realmente hacerlo. Listo, voy a hablarle.

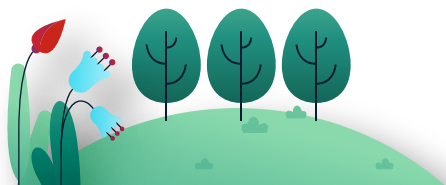




Cuando levanto la mirada de mi libro, cumpliendo con mi casi cronometrada performance, veo que se levanta. No, no te vayas por favor, dame un minuto.

Esta viniendo hacia mí, no lo puedo creer, después de años, jamás me había pasado algo igual. Viene con un paso firme, concreto, lo siento casi en cámara lenta. Hasta que se para a mí lado y justo cuando atinaba, emocionado, a decirle un simple “Hola”.

Ofuscada, se me anticipa y dice: —Disculpe Señor, pero hace media hora que estoy escuchando lo que piensa ¿iPodría parar!?





6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

FINALISTA:

La carcajada

Por Jorge Javier Breiman

Era un señor muy locuaz y que tenía en muy alta estima sus propias opiniones. Nada disfrutaba más que escuchar su propia voz y estaba convencido de que nadie sabía más que él sobre ningún tema, porque todo lo dominaba: desde la repostería hasta la economía, desde la música dodecafónica hasta la física nuclear, desde el arte bizantino hasta las relaciones personales. Consideraba que sus conocimientos eran muy sólidos en todos los campos y que su criterio era absolutamente certero y apropiado. Cualquier conversación que escuchara –aunque no conociera a los circunstanciales interlocutores– era para él una invitación a derramar su sapiencia. Aclaraba su garganta, ponía su expresión de total modestia y arrancaba diciendo algo así como: “Me permito disentir con usted; conozco mucho sobre este tema y, humildemente, me gustaría ilustrarlo”. Y ahí se largaba a dar sus opiniones, fundadas en citas de autoridad y de cifras imposibles de comprobar. El hombre estaba convencido de que su misión en el mundo era transmitir su vasto conocimiento y nunca había siquiera sospechado que a nadie le importaba mucho lo que tuviera para decir.

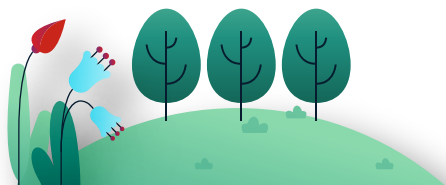
En cierta ocasión, víctima de una conjuntivitis, el hombre tuvo que visitar a su oftalmólogo. No conforme con el diagnóstico, comenzó a refutarlo amablemente al principio. Su catarata verbal fue en aumento de forma tan violenta e incontenible que se le cayó la boca. En el silencio que se hizo a continuación, el médico le entregó la receta, le dio unas gafas oscuras –que hacía años había olvidado allí un paciente–, le entregó la boca en una caja esterilizada y le advirtió que el pegamento para bocas no estaba llegando al país. Nuestro hombre estaba desolado.

Durante los días que siguieron el hombre aprendió a mover su cabeza para saludar o para responder a cualquier comentario. De a poco, comenzó a notar que sus vecinos se le acercaban más que antes y que ahora le pedían sus opiniones. Las conversaciones siempre tenían el mismo formato: “¿No cree que las naranjas están muy caras?”, y luego del movimiento de cabeza, el interlocutor se iba feliz, convencido de que tan preclaro hombre coincidía con su razonamiento. Muy pronto su fama se extendió más allá del barrio. Llegó un momento en que gente de toda la ciudad hacía cola frente a su domicilio para hacerle las consultas más diversas, deseosos de ver la inclinación de la cabeza de tan ilustre personaje. Los jóvenes adoptaron ese gesto, que se puso de moda por las redes sociales. El hombre llegó a ser requerido por varios canales de televisión que se lo disputaban para programas de concursos, aunque él se negó.



Y llegó el inevitable día en que los partidos políticos se acercaron a tentarlo. Se quedó con el que le ofrecía el cargo de senador. Obviamente, arrasó en las urnas.

El día de la jura, con el pegamento recién comprado, colocó prolijamente la boca en su lugar. En cuanto se cercioró de tenerla ajustada firmemente al rostro, se miró al espejo y emitió un sonido extraño, que casi no reconoció. Su propia carcajada.





6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

FINALISTA:

Los jardines

Por **Betina María Bongianino**

Margarita Rocío Flores vivía en el pintoresco barrio “Los jardines”, en una pequeña localidad al sur de Tucumán.

Ella, como no podía ser de otra manera, trabajaba en un vivero, y por las tardes se ocupaba de las plantas de sus vecinos en una agenda muy organizada.

Los lunes podaba los rosales de doña Rosa Espino. Los martes se ocupaba de la huerta de don Jacinto Miraflores y le daba una miradita a los jacintos que perfumaban la entrada de su casa. Los miércoles, le tocaba a las hortensias de Hortensia Prado, que parecían sonreír cada vez que Margarita se ocupaba de ellas. Los jueves los claveles de Narciso Clavelí la recibían con todo su colorido y algo envidiosos del egocéntrico narciso que ocupaba la parte central del jardín. Los viernes las lilas, las violetas y los pensamientos de Lila Parra hacían una fiesta ante su presencia.

Sábados y domingos se dedicaba a sus propias margaritas, que ocupaban el patio de su casa junto a una bella planta de magnolias.

Los Jardines era un barrio muy florido y lleno de aromas. Las casas, todas iguales, parecían vistosas macetas color terracota, y las calles estaban bordeadas por acequias por las que corría una cristalina cabellera de agua, muy apreciada por los pobladores.

Sus habitantes eran alegres y agradecidos, tanto del sol que los alimentaba día a día como de las ocasionales lluvias que también los nutrían. Amaban esa tierra que sostenía sus raíces y su vida estaba tan llena de paz, que purificaban el aire que respiraban. Eran muy ordenados en sus hábitos. Despertaban al amanecer y cuando desaparecía el último rayo de sol, también desaparecían. Pero a pesar de ser gente muy cordial, eran muy reservados. Los extraños no eran bien recibidos.

Un día llegó de visita al pueblo Cata, la sobrina de Margarita, que era una joven alegre y parlanchina, pero demasiado atrevida, por lo que no respetaba las normas del lugar.



Varias cuestiones le molestaban a la muchacha, sobre todo el horario para ir a dormir, ella nunca podría acostarse tan temprano.

Era todo un reto no poder moderar su incontenible impulso por cortar cada flor que le parecía bella, de más está decir que en el barrio estaba prohibido cortar las flores.

Por último, su imprudente modo de manejar la bicicleta, que atentaba contra cualquier jardín, césped, o brote que tuviera la mala suerte de cruzarse en su camino, ocasionaba más de un conflicto con los vecinos.

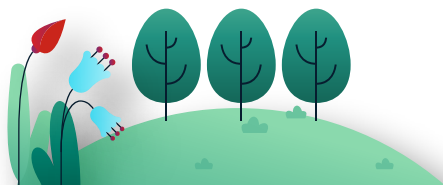
La jovencita no podía entender semejante obsesión con el reino vegetal, y como era de esperar para una muchacha tan vivaz e inteligente, comenzó a sospechar que algo raro había en el lugar.

Una noche simuló dormir y cuando comprobó que ya nada se escuchaba en ningún rincón de la casa, se levantó. Fue al dormitorio de su tía, pero para su sorpresa no la encontró. Salió a investigar. Se las ingenió para entrar a todas las casas del barrio, ninguno de sus habitantes estaba en sus hogares.

Su curiosidad ahora se había convertido en miedo. Siguió caminando hasta la plaza, y allí una escena increíble la hizo esconderse.

En medio de la plaza había una gran margarita, que se parecía enormemente a su tía, luego descubrió a Rosa llena de espinas. Más allá estaba Lila, radiante en sus cárdenos pétalos, rodeada de otras lilas más pequeñas y Jacinto que tenía un tamaño descomunal. Un poco más alejados Narciso y Hortensia. Así fue reconociendo uno a uno a todos los vecinos que, como ya habían aparecido los primeros rayos de sol, comenzaban a desperezarse. No podía creer lo que veía, pero tampoco lo podía negar ya que, ante sus ojos azorados, todas las flores cambiaban poco a poco hacia su forma humana.

Cata sintió que se le ponía la piel de gallina, se puso verde de miedo, y su cuerpo se hizo más liviano. Apenas vio que las miradas se posaron sobre ella, batió sus alas y se alejó volando tan rápido como pudo.





6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

FINALISTA:

Breve ensayo sobre una fotografía

Por Alfonso Cebal

La foto es una expresión cabal de lo que se siente en el sentido mas profundo sobre lo que se esta fotografiando y es, por lo tanto, una expresión auténtica de lo que el fotógrafo siente en la vida en su totalidad.

Ansel Adams

La fuerza de una fotografía reside en que preserva abiertos al escrutinio instantes que el flujo normal del tiempo reemplaza inmediatamente.

Susan Sontag

Un hombre mira una fotografía en la pantalla de su computadora. Es un fotógrafo profesional, pero esa foto no fue tomada con su cámara, no pertenece a ninguna de sus carpetas de trabajo, es una foto ajena, cuyo autor es tan desconocido como la modelo elegida. El fotógrafo cree advertir un mensaje secreto en aquella imagen, entonces se deja llevar por su corazón de hombre y se entrega al poder de la imaginación. En ese acto, mas sentimental que creativo, sueña el escenario de un suceso entrevisto, presentido, tal vez ese enigma no resuelto que se esconde detrás del olvido.

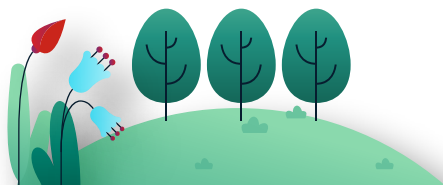
Ese viejo ensayo que escribí hace años en un cuaderno escolar, regresa una y otra vez a mi trabajo fotográfico, pero esta vez trasciende el camino de la expresión visual y se adentra en el territorio de mis sentimientos. Se trata de la fotografía "Desmesurada III". Es una foto que he contemplado con atención muchas veces, aunque nunca me decidí a imprimirla. La encontré cuando recorría sin mayor entusiasmo un sitio de fotografía de esos que abundan en internet. De inmediato me sedujo el delicado y sutil efecto logrado en la expresión de la modelo. Con el tiempo descubrí que es un extraño reflejo de la melancolía. El rostro de la mujer lo expresa bellamente en esa imagen, pero hay mucho más en su expresión, captada por la cámara a través de un corazón enamorado, ya que los ojos suelen tener una influencia secundaria en ciertas escenas. El fotógrafo se tuvo que someter a la presión de su vocación al mismo tiempo que a la pasión de sus sentimientos. El resultado es una imagen atractiva y seductora, aunque no creo que se pueda asegurar que esa conclusión sea una norma estable.



En este estado contemplativo me pregunto en que miente y en que dice la verdad esta foto. Sin ninguna duda la modelo de la foto es una mujer conocida con la que el artista, me animo a arriesgar, ha compartido momentos inolvidables. Cualquiera que la viese podría asegurar que es una foto suya. Hay suficientes elementos objetivos en la imagen para disponer de este conocimiento en forma instantánea. Es cierto que cada uno de los observadores daría una opinión diferente acerca de su rostro, de la expresión de su rostro, y percibiría indicios diversos en cuanto al sentido de su actitud, pero podemos convenir que todos aceptarían su presencia y aquellos que la conocen no dudarían en identificarla. El paisaje circundante, el marco estético de la foto, es apenas una sombra, un par de reflejos irreconocibles la enmarcan, pero es casi un retrato en primer plano sobre fondo negro. Negra también la remera que viste la modelo y negro el halo general de la imagen, oscura, enigmática. La luz directa y natural que entra desde la izquierda y se refleja en el pelo rubio, entrecano, en esas ondas que se muestran rebeldes sobre la frente, es tenue, parca, sin embargo radiante. La mujer mira hacia la cámara, y lo hace con una expresión intensa, casi dolida, donde puedo imaginar esa melancolía o suponer un sentimiento de enorme intensidad dramática. ¿Dolor? ¿Amor? Dolor y amor. Se suman los sentimientos fuertes, aquellos que nos atraviesan el alma y se manifiestan en la cara. Ese viejo refrán popular que asegura que la cara es el reflejo del alma se percibe en esta imagen. La mujer es hermosa, posee esa belleza cruel y enigmática con la que algunas mujeres ejercen su inefable capacidad de seducción, y en ese instante fugaz, irrecuperable, parece expresar cierta tristeza. Pero no es la tristeza de la pérdida o el abandono, es la tristeza de una emoción, de la dolorosa entrega y la inevitable espera. La sensación que detrás de su vida hay un largo camino de esfuerzo y pena. Un detalle fundamental que me acerca a estos sentires. Cuando hablé de una escena dramática me refería a este conjunto increíblemente expresivo: las arrugas de la frente, la mirada inquietante, la boca apenas entreabierta. Todo lo demás esta sujeto a estos matices. Me cuesta establecer una escala de jerarquías. ¿Qué es lo más importante? ¿Qué detalle me da la clave de su mensaje? Quizás la clave es un secreto y solo ella esta en condiciones de descifrarlo. El fotógrafo solo puede imaginar, buscar entre el vacío y la incertidumbre un intervalo donde conectarse con la verdad, pero la verdad no le pertenece. Lo único que sabe es que, indudablemente, no está frente a una foto de su sonrisa. La mujer vive con una intensidad desmesurada. El fotógrafo no puede acceder a ese mundo interior. Esa es la tarea del hombre.

Es el momento de subir otro escalón del ensayo. ¿La foto miente? El fotógrafo trabaja con una herramienta. Esa máquina que prolonga y traduce su necesidad expresiva, interviene sin alterar el contenido, sin embargo actúa necesariamente mediante la aplicación de cierta tecnología. La imagen no será exactamente igual al modelo retratado, mostrará una escena instantánea donde la modelo se expuso voluntariamente. Pero se dice que las modelos posan. ¿Puedo aceptar que cuando oprimí el obturador logré captar una expresión inmediata sincera y auténtica? No tengo por qué pensar que la modelo estaba fingiendo, muy por el contrario, me asiste la certeza que en ese momento y en ese lugar su expresión fue natural, cómo decir, le salió del alma. ¿Dónde esta la mentira?

En este ejercicio teórico tengo que retroceder en el tiempo y volver a aquel muelle, esa tarde de marzo, nublada y caliente, que nos acompañaba en una caminata que era casi una despedida, la víspera de la partida. Durante esos días vivimos situaciones muy intensas y estuvimos tan cerca y al mismo tiempo tan lejos, como pocas veces antes, emparentados con ese destino de río, soledad y selva. Mimetizados con una naturaleza brutal, casi agresiva. La tristeza y la soledad entreveradas con la pasión y el desafío. ¿Qué fuimos a buscar a ese espacio salvaje? Fuimos a buscarnos. Tal vez porque necesitábamos romper un estatus impuesto de distancia y espera. Estoy cansada de esperar, dice la mujer de la foto, ¿o es el fotógrafo que lo presiente? Hasta dónde puedo interpretar y hasta dónde debo dejar que sea la foto quien hable. ¿Dónde se oculta la mentira? ¿Cómo acceder a un método de aproximación? Me parece que la expresión de la mujer es contundente. Por lo tanto solo puede haber engaño en el tiempo. La foto esta congelada, claro, qué es una foto sino un instante robado a la eternidad. Es por eso que el mensaje de la mujer ya no existe aunque haya sido su intención perpetuarlo. Ella ya no es la misma. El fotógrafo tampoco. Vuelvo a mirar la foto, ahora, mientras escribo, la traigo una y otra vez a la pantalla, lo necesito, quiero atravesar su discurso cruel





y silencioso para acercarme hasta sus sentimientos y sus miedos. No puedo contemplar esa imagen sin advertir que me siento involucrado.

No hay verdad sin mentira, como no hay amor sin odio, luz sin oscuridad. La foto es mi testigo, pero en este imaginario tribunal del tiempo no puedo administrar justicia, no soy ni juez ni parte. El testigo es mudo pero habla. Todo parece encerrarse en una parábola de la vida, una entelequia absurda y dolorosa.

Creo que mi propósito es algo pretencioso. No se si estoy en condiciones de este abordaje, me dominan los sentimientos y el deseo. Digo que estoy escribiendo un ensayo sobre una imagen y eso es mentira. Estoy escribiendo sobre una mujer. Estoy escribiendo desde el recuerdo de una mujer, mejor dicho, desde su ausencia. Por fortuna me queda la memoria. Ese estado de gracia.

La fotografía ahonda en cierto espacio del pasado. Una noche hicimos el amor. Transpiración y besos. Piel y deseo. La cabaña fue un refugio amable y cálido. Escuchábamos el chillido de los murciélagos. Un perro de pelo marrón brillante y ondulado nos visitaba a menudo. La petaca de whisky no duró nada. Un temporal que se descargó sobre el río nos dejó sin luz, pero la noche ya estaba iluminada. Había mosquitos y espirales. Comimos huevos fritos. Cada tanto pasaba la lancha almacén. A la tardecita íbamos a ver la altura de la marea. Es una tarea sencilla, hay que comparar el nivel del agua sobre los troncos de un muelle. El agua deja siempre su marca, como el amor. Llevamos un equipaje completo, nada fue dejado al azar, ignorábamos que en el Delta las corrientes y las mareas son azarosas, como la vida.

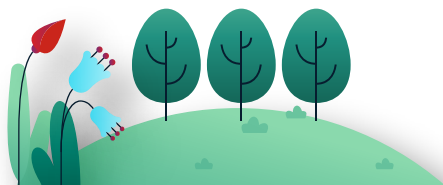
Este ensayo tiene buenas intenciones pero hace agua por todos lados, es natural, lo escribí en el Arroyo El Banco, hace un tiempo, creo que fue cuando me dejé llevar por la nostalgia, cerré los ojos y apreté el obturador. El fotógrafo dejó su lugar al hombre. El ensayo se convierte en un poema.

En el margen del cuaderno hay una nota manuscrita con tinta negra: cámara utilizada NIKON D80 toma directa.

No se menciona la fecha.

Más abajo, se lee un nombre.

Alfonso Cebral





6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

FINALISTA:

La fotografía

Por **Gustavo Luis Chiozza**

A pesar de que ya pasaron varios años, aún sigo tratando de entender toda la cuestión. Dándole vueltas, una y otra vez, tratando de descubrir si hay algún sentido o alguna conclusión para extraer de todo aquello. ¿Es posible que bajo el disfraz del azar se oculte un destino, a la vez, cruel y piadoso? ¿O es que acaso en la matemática de la vida, la suma de dos desgracias equivale a la salvación? No lo sé. La cuestión es que, se trate de azar o destino, las dos veces se presentó con la misma cara; una multitud a la salida del subte.

Luego de tanto tiempo me es difícil recordar qué sensación me provocó la primera vez. Supongo que se me debe haber cruzado la idea de que la desgracia podía estar tocando a mi puerta. No porque verdaderamente lo creyera; en el fondo estamos convencidos que la desgracia es eso que le ocurre a los demás. Pero frente a todo ese revuelo, debo haber tenido la oscura tentación de ser el protagonista, en lugar de un anónimo espectador. O quizás fue simplemente una curiosidad morbosa la que me llevó a acercarme a esa multitud que se agolpaba detrás de la valla que la policía había trazado para que bomberos y médicos pudieran hacer su trabajo en torno al colectivo accidentado en la esquina de casa.

Son suposiciones; porque lo cierto es que los pocos recuerdos que tengo de todo aquello, aparecen como retazos de una película muda; en cámara lenta; como si yo fuera testigo de un recuerdo ajeno. Recuerdo que Rubén, el portero de nuestro edificio, a penas me vio se me abalanzó impidiendo que me acercara a ver lo sucedido. Me decía algo de Marta que yo no entendía o no quería entender... Sus empujones (o mi confusión) me pusieron violento y tuvo que intervenir la policía. «Es el esposo», gritó Rubén. Y, como si hubiera pronunciado un ensalmo, todos a mi alrededor se calmaron. De pronto, yo pasé a ser el centro de todo ese circo... Marta la víctima y yo, el protagonista.

Dicen que no sufrió. Que murió en el acto cuando el colectivo perdió el control y subió a la plaza arrasando el banco en el que estaba sentada. Mejor para ella; peor para mí. Si hubiera sobrevivido aunque sea unas horas, yo podría haber hecho algo. Podría haber corrido al hospital... implorado a los médicos... amenazado a Dios... O al menos hubiera podido tener la ilusión de que estaba haciendo algo por Marta y esa ilusión habría dividido el trago amargo en dos vasos, lo que no es poco. Pero



llegué tarde. El telón ya había caído en la vida de Marta, y yo, de pronto, me encontré en el centro del escenario teniendo que representar mi propia tragedia a la vista de todos; sin saber qué hacer; sin letra, sin guión... Si había algo para hacer no supe hacerlo, ni en ese momento ni después.

Tres años después de la muerte de Marta yo seguía sin saber qué hacer con mi vida. Claro que yo no lo veía así; creía que mi vida había retomado su curso. Un curso triste, si se quiere trágico, pero no me parecía anormal. Es cierto que no salía más que para ir al trabajo y para hacer alguna compra; que no veía a amigos ni parientes y que rechazaba por igual invitaciones y visitas. Pero tenía una buena explicación, no soportaba que me tuvieran lástima. Al fin y al cabo, si estaba un poco melancólico, tenía motivos y derechos. Nadie mejor que yo sabía lo que significaba la muerte de Marta para mí. Pero lo cierto es que estaba loco.

Ahora me doy cuenta. No tanto porque pueda recordar lo que sentía, sino por ciertos hechos que me avergüenza recordar. Durante esos tres años no fui capaz de tocar las cosas Marta; ni su ropa en el placard, ni su libro en la mesita de luz, ni su cepillo de dientes junto al mío... Todo ese tiempo su blusa azul estuvo colgando en el lavadero; su bombacha, en la canilla de la ducha; y sobre la mesa del comedor, la bolsa que me entregó la policía con sus pertenencias —o lo que quedaban de ellas—.

En esos tres años no recuerdo haber dormido en la cama ni comido en el comedor. ¿Cómo era posible? ¿Acaso me la pasaba llorando en el sillón? No recuerdo haber llorado demasiado... No recuerdo nada de lo que sentía por ese entonces. Concluyo que, entre la televisión y la comida en cajas, debería vivir como aturdido. ¿Vivía esperando el regreso de Marta? Es muy posible. Pero si vivía esperando que algo ocurriese, lo que ocurrió fue totalmente inesperado.

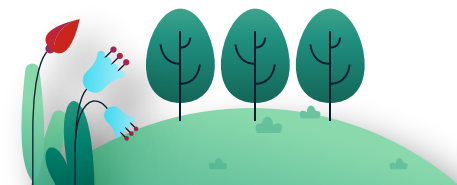
Como dato curioso, recuerdo que la mañana de ese día me llamó la atención que la puerta del placard estuviese abierta. Cuando uno vive solo aprende, dolorosamente, que un objeto inanimado siempre está como uno lo dejó. Como no pude volver a cerrar la puerta, supuse que la madera se había hinchado por la humedad. En el pasado, mis reproches a Marta por la pésima calidad de construcción del edificio habían generado más de una discusión entre nosotros; en los días siguientes, ese sería un controvertido tema público, pero hoy, todo aquello cayó en el olvido.

Nos mudamos al edificio de la calle Vega por iniciativa de Marta. La Municipalidad había comenzado a construir viviendas en las afueras de la ciudad y Marta consiguió un crédito para parejas recién casadas con el que pudimos hipotecar nuestro futuro a cambio de un pequeño departamento a estrenar; el décimo "C", con vista a Plaza Concepción. Recuerdo el entusiasmo de Marta... Es difícil decir si conseguir el crédito nos permitió casarnos o si casarnos nos permitió conseguir el crédito; lo cierto es que el departamento y el matrimonio eran a veces, para mí, una misma cosa.

Lo siguiente que recuerdo de ese día es a mi regreso del trabajo. Otra vez una multitud esperándome a la salida del subte. Esta vez el revuelo era mucho mayor. Supongo que algún vecino menos perezoso que yo, no pudiendo cerrar la puerta de su placard, decidió ir más a fondo en la cuestión. Una cosa debe haber llevado a la otra, hasta que se descubrió una inmensa grieta que hacía peligrar la estabilidad del edificio. La Municipalidad había ordenado evacuar de inmediato el edificio y sus alrededores.

Algunos habían podido sacar de sus casas algunas cosas de valor, pero a la mayoría la noticia nos sorprendió a la llegada de nuestros trabajos. Todos queríamos recuperar nuestras pertenencias, pero hasta los bomberos temían acercarse al edificio. A parte de lo puesto, tenía mi portafolios y quince pesos en la billetera. En el intento de la policía de llevar el vallado a doscientos metros del edificio, perdí también el portafolios.

Es poco lo que puedo decir sobre esa primera noche. Rubén, que desde el día del accidente de Marta se había transformado en mi protector, me llevó a la casa de sus suegros en el mismo barrio de Las





Mercedes. Los primeros días transcurrieron en un clima de expectación, atentos a los comunicados de prensa que daba la Municipalidad. Nos informaron que los trabajos de apuntalamiento durarían varios días; pero al tercer día anunciaron que el edificio sería demolido esa misma tarde. La implosión de un edificio de quince pisos (así se llama, según explicó la prensa) es de por sí un espectáculo sobrecogedor; más aún si el edificio contiene el total de las propias pertenencias.

Al cuarto día, permitieron que los propietarios ingresáramos al predio de la demolición para intentar rescatar lo que pudiera haber quedado de nuestras pertenencias; de modo que estuvimos allí a primera hora de la mañana. Todos llorábamos desconsolados, aunque por motivos diversos. En mi estado mental, ya de por sí débil, yo sólo buscaba la blusa azul, el cepillo de dientes, la bombacha de la canilla... Algo de Marta que me permitiera seguir esperándola. Pero todo era cemento, escombros y hierros retorcidos. Nada indicaba que allí hubiera habido cientos de hogares. Ni siquiera tenía idea de dónde buscar los restos del décimo "C".

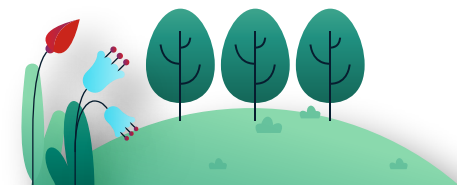
Pasé todo el día buscando sin encontrar nada. Hacia el atardecer, exhausto, con los zapatos blancos de cemento, el pantalón —el único— roto y la rodilla sangrando, con un corte en un dedo envuelto en un pañuelo sucio y los ojos secos de tanto polvo y tanto llanto, de pronto, vi una fotografía que asomaba bajo un inmenso bloque de cemento. La reconocí enseguida. Era una fotografía tomada durante nuestra luna de miel en Mar Tranquilo. Dado lo pequeño del restorán, el fotógrafo tuvo que colocarse detrás de mí, a mi derecha, y yo tuve que girar para ofrecerle mi mejor sonrisa. Mi brazo derecho doblaba el codo por detrás del respaldo de la silla; mi mano izquierda —la del flamante anillo— entrelazaba la mano derecha de Marta que miraba a la cámara de frente. Así era la foto que yo recordaba; una foto feliz como tantas otras... Pero la que ahora veía era muy distinta. Parecía una foto del futuro.

El polvo de cemento, adherido a la superficie de la foto, convertía mi rostro en el de un anciano, arrugado y canoso. El bloque de cemento aplastaba a Marta por completo; sólo podía verse su mano derecha emergiendo de su sepulcro para aferrarse a mí o aferrarme a ella. Con mi brazo derecho anclado en el respaldo de la silla, yo parecía estar luchando para sacar a Marta... o luchando para desprenderme de su mano y sobrevivir. En esas circunstancias, mi sonrisa parecía tener un matiz de desesperación; un tinte de patética impotencia.

Lo que vi en la foto me provocó una profunda conmoción. Traté de levantar el bloque, quizás con la esperanza de que si podía traer a la luz la figura de Marta mi sonrisa, en la foto, volvería a tener el aspecto feliz que yo recordaba. Pero mover el bloque era imposible. Pensé que lo mejor sería olvidar esa foto y buscar en los alrededores; la presencia de la foto debía indicar el destino final del décimo "C". Pero algo había cambiado adentro mío. Vagaba por los escombros viendo sin mirar; en lugar de buscar a mi alrededor, buscaba adentro mío. Trataba de descifrar esa patética sonrisa. ¿Era producto de mi imaginación, favorecida por el bloque que aplastaba a Marta y el polvo blanco que envejecía mi rostro? ¿o esas circunstancias revelaban algo que siempre estuvo allí, en esa sonrisa, y yo nunca había visto? ¿Cómo había sido mi vida con Marta?

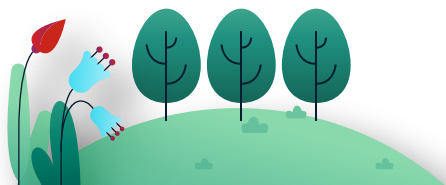
Con las últimas luces del crepúsculo, volví al lugar de la foto y arranqué la única parte de la fotografía que el bloque dejaba visible: el viejo en el que me había convertido, aferrado a la mano de Marta, con mi patética sonrisa de impotencia... Me di por satisfecho. Por lo menos me había rescatado a mi mismo. Todo lo demás, absolutamente todo lo demás, lo había perdido definitivamente. Toda mi vida con Marta, quedó así sepultada en Palza Concepción, bajo esa lápida de escombros. Me fui para siempre y empecé otra vida, lo mejor que pude...

Todavía sigo dándole vueltas a la cuestión de si todo eso habrá tenido algún sentido. Hay días que pienso que sí y hay días en que todo me parece fortuito. Mala suerte o buena suerte, quién sabe. ¿Debo pensar que la segunda desgracia vino a salvarme de la primera o que ambas desgracias fueron parte de la misma salvación? ¿Salvarme de qué? ¿De algo que ahora creo entrever en aquella fotografía? ¿O es





sólo mi imaginación? Aún no encuentro una respuesta, pero debo reconocer que, si bien últimamente me estoy pareciendo cada vez más al rostro de la fotografía —ya tengo varias canas y algunas arrugas—, en las fotografías actuales mi sonrisa ya no parece algo patético. Al menos, esa es mi impresión.





6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

FINALISTA:

El Viaje

Por Roberto Comte

Vamos de viaje, adentrándonos en la Patagonia cordillerana, Leticia y yo, ávidos de nieve. Por la mañana salimos de un albergue en Bariloche y ahora vamos rumbo a El Bolsón. Partimos con cielo cubierto, desoyendo el consejo del encargado sobre la tormenta que se viene. Acabamos de cargar nafta en el Automóvil Club de lago Mascardi. Mismo comentario del playero. Pero cuanto más viejo, más terco y cuanto más me alertan, más fuerte siento la taquicardia del desafío, así que salí casi arando para no perdérmela y degustar el cagazo. Al rato, un copito tocó el parabrisas. Chiquito, inofensivo, como que vino a espiar, a mojarme la oreja. Miré el cielo: los nubarrones oscuros parecían dibujar la carátula de la tragedia. Ahora más y más copos. Un malón, una legión de copos. Doblo la apuesta y levanto a 120. Millones de copos silenciosos se deslizan sobre el parabrisas casi horizontal del diseño moderno. ¡Ay-juuu! Qué sensación hermosa. Leticia está muy callada. Me conoce y sabe que no tiene sentido querer sosegarme. En realidad ella lo disfruta como yo, no me cabe duda. Una luz alta intensa viene de la mano contraria. Otro loco. Le hago luces para saludarlo, y me contesta. Pasa como un suspiro. Y sigue la nevada, cada vez con copos más grandes. Empieza a costarme ver, y eso que recién es mediodía. Me salva la banda blanca divisoria del camino, que está en muy buen estado. Leticia pone música, el Segundo Vals de Shostakovich. Supremo disfrute, la suma de sensaciones. Nos reímos los dos, nerviosamente. Así andamos, kilómetros y kilómetros. Creo que entramos en una zona donde la nevada ha empezado antes, porque las banquetas están muy cargadas, y la franja blanca se va borrando. Hasta que desaparece. Ahora todo es blanco. Podría haber salido de la ruta y estar navegando a campo traviesa, o sobre un lago helado. No lo sé. Este es el punto de máxima tensión que quería alcanzar. Si siguiera así, estaría decididamente loco. Pero no lo estoy, todavía. Solo me gusta jugar un poco con la secreción de adrenalina. Si la vendieran en ampollas me la inyectaría. Pero es suficiente, así que... amigo, a tranquilizarse, aflojando el fierro. Eso, así. Bajo a 80, 60, 50.

De pronto estallan los air-bags y quedamos inmovilizados tras ellos. ¿El auto está detenido? ¿Estamos atascados en la nieve? Todo me da vueltas. Nos miramos con Leticia, con mucha incertidumbre. Le digo que salgamos a ver si descubrimos algo. No podemos quedarnos allí, inactivos. Abrimos las puertas empujando nieve blanda y salimos. Camino alrededor del auto; está semi sepultado en nieve. Miro a nuestro alrededor como puedo, ya que la ventisca arrecia y dificulta la visión. Sin embargo me parece ver luz en una casa, no muy lejos.



-He leído sobre casos de autos atrapados en la nieve y sus ocupantes, muertos congelados. Creo que nos conviene buscar un refugio hasta que amaine y se limpie la ruta -digo a Leti, previsor.

Ella accede y saca su cartera del auto. Nos ponemos nuestras camperas y partimos rumbo a la casa. Caminamos en silencio bajo la ventisca un rato más largo del estimado, escuchando solo el cuij, cuij de nuestro calzado al hundirse en ese algodón blanquísimo, que tiene algo de irreal.

-¡Es una cabaña tipo finesa! -cataloga Leticia cuando estamos cerca, haciendo siempre honor a su condición de arquitecta.

-Me pregunto dónde estamos y qué hace una construcción así, cerca de esta ruta. -le respondo.

En lo alto del porche un importante farol provee la luz que veíamos desde la ruta. Un portón de madera de ciprés nos insinúa la entrada; nos acercamos y la golpeo. Silencio. Vuelvo a golpear con mayor energía, varias veces. Ya cansado de insistir, pruebo girando el picaporte, alarde artesanal con un dragón de hierro. Empujo y la puerta se abre. Pasamos al interior. Es realmente acogedor, especialmente en medio de ese temporal.

-¡Rústico suntuoso! -exclama Leti, admirando los revestimientos de madera con marcos labrados y los sofás y sillones de chenille estampado con motivos boscosos.

Aplaudo vigorosamente, temiendo que aparezca alguien armado y nos dispare por intrusos. Nada.

-Hola, ¡¿hay alguien?! -grito de viva voz.

Nada. Nos acercamos a un hogar donde arden gruesos leños, a reanimarnos. Leti se sienta en un sillón, junto al fuego. Se hunde plácidamente. Al rato se incorpora y se dirige a una puerta de dos hojas de madera lustrosa. Adivino que la está por abrir y me adelanto, que el hombre debe poner el pecho antes. Abro cuidadosamente. Ante nosotros un inmenso ambiente... ¡Chino!

-Por Dios, ¿qué es esto, José?

Leti mira maravillada los jarrones típicos de alguna dinastía, con ciruelos en flor, pagodas, tigres y dragones, como el del picaporte. También hay tapices bordados con motivos similares, y muebles revestidos en nácar y marfil. Los dos avanzamos parándonos ante esas joyas como si estuviésemos en un museo. Vuelvo a batir las palmas y pregunto gritando si hay alguien. Nada. Terminamos de rodear el salón y nos disponemos a volver a la recepción, pero la puerta de dos hojas no está. Es toda pared.

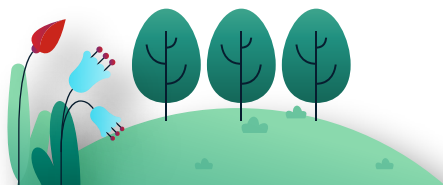
-¿Será aquella de allá? ¡Es igual!

-¡Pero estaba acá! Yo no me desoriento fácil. Pero bueno, vamos. Debo de estar cansado. La abrimos, aplaudo, grito y veo que es otro ambiente. Un hall de escalera.

-Si arriba hay cuartos alguien tendrá que haber, subamos y golpeemos a una puerta, si te parece -sugiere mi mujer.

Sin responder subo, la escalera me ha llamado. Esta es de madera, muy british, con un camino de alfombra estampada con leones y una enorme bocha lustrosa sobre el primer parante de la baranda. Arriba hay otro hall y otra puerta de dos hojas. La abrimos.

Me quedo helado. Es un gran comedor, con una mesa como para cien comensales. Al fondo hay dos personas sentadas, hombre y mujer, que me parece reconocer. Camino hacia ellos, Leticia detrás de mí. Son mis padres. Sus platos están vacíos; las copas tienen una bebida color champagne.





-¿Ustedes acá?

Nos miran con una sonrisa plácida. Los dos muy bien arreglados. Mamá, elegante como siempre que salía y papá también, muy derecho y fiel a su percha, como en sus salidas después de quedar viudo.

-Nos dijeron que ibas a visitarnos, pero no se sabía bien... -dice mamá, con voz insegura. Noto que respira normal, sin su típico ahogo asmático.

-¿Estás bien, Juan? -pregunta papá con firmeza. -Nosotros acá muy bien, nos tratan a cuerpo de rey.

-Sí, sí, claro... Y aquí, ¿hay alguien más, en esta casa?

-Y... no sabemos. Creo que sí, que por ahí hay más gente.

Miro a Leti. Está pálida, pero mira a los viejos con afecto, y los saluda. Seguramente se pregunta por qué no están sus padres, ya que los cuatro eran amigos. Algo nos dice que no debemos trasponer la mesa para abrazarlos o besarlos. Está todo bien así.

-Bueno papis, me alegra mucho verlos. Vamos a seguir buscando a alguien que nos atienda en esta casa... hasta luego.

Nos despiden con un gesto mínimo y yo salgo atolondrado, a los tropezones con las finísimas sillas thonet que rodean esa gran mesa. Buscamos la puerta y la encontramos a pocos pasos, cambiada de lugar. Salimos a otro hall, no hay escalera descendente. Solo otra ascendente, esta vez de mármol, revestida con diversos trozos combinados por forma y color. Rosa, verde jade, ocre. La subimos. Llegamos a un nuevo hall y traspasamos otra puerta de doble hoja, pero esta es vaivén, con ojos de buey. Nos encontramos ante una piscina enorme de aguas azules, icon gente en el borde y gente nadando! La luz es cenital y natural. Parece haber un sol arriba, como si la tormenta se hubiese disipado. Nadie repara en nosotros. Avanzamos, hasta que alguien grita mi nombre. Es mi amigo Martín, desde el agua. Falleció hace mucho de E.L.A.

-¿Qué hacés acá alemán? -dice goteando copiosamente luego de salir de la piscina, pálido aunque atlético.

-Martín... ¿Y vos qué hacés acá?

-Y aquí estamos, esperando a Godot.

Festejamos juntos la gracia del código compartido.

Alguien pone una mano sobre mi hombro y me doy vuelta:

-Enrique..., me parece ayer que te fuiste.

-Estimado, ¡qué cliché el suyo, jajá!

-Siempre con humor... ¿qué ha sido de nuestra larga filosofía de café, me pregunto a lo Hamlet?

Diviso a otros, lejanos, a quienes no reconozco. Me saludan con la mano.

-Adiós muchachos, tengo que encontrar a alguien que me guíe por acá.

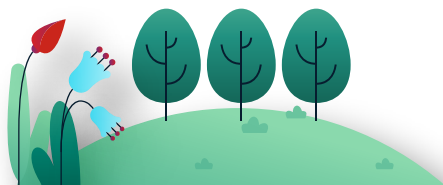
-¿No te metés? ¡Está buenísima! -grita Martín y se zambulle salpicándonos.

Tomo a Leti de un brazo, acongojado, y partimos.

-Y yo, ¿no me encuentro con nadie? -pregunta Leti acongojada. -Además no me cierran los espacios de este lugar, no entiendo los niveles...

Encontramos otra puerta cerca y al franquearla salimos al exterior, encandilados. En efecto, la tormenta en este corto tiempo se ha disipado y es un día radiante. Nos encontramos frente a un elevado cerco vivo de ligustrina cuyas hojas relucen al sol. Entramos por un hueco y del otro lado, otro cerco con un cartel que dice "Aquí comienzan las decisiones". Paso un brazo por la espalda de Leti y así avanzamos. A los pocos pasos, una bifurcación.

-Realmente me da lo mismo, lo dejo librado a tu intuición, Leticia.





Ella lo piensa un poco, y se decide por una dirección. Avanzamos, y así sucesivamente. Cuando me empiezan a doler las caderas de tanto andar, diviso un extraño personaje. Luce un uniforme a franjas azul y naranja, de mangas y calzas inflados, morrión, y con una mano sostiene una alabarda. No cabe duda de que es un guardia suizo como los del Vaticano. Cuando vamos a pasar nos cruza la alabarda. Quedo mirando su rostro alpino e inflexible.

-Señor, permítame sus documentos.

Busco en los bolsillos de mi campera.

-Los dejé en la guantera.

-Eso, en la guantera. Y fíjese si encuentra el carnet del Automóvil Club.

Observo que habla sin mover los labios. Me empiezo a marear, todo me da vueltas. Grito, con todas mis fuerzas.

-¡Leticia!

-¡Sí, Juan, estoy aquí, mi amor! -grita ella.

La imagen se ha transformado. Ha vuelto a ser la del principio pero ya no nieva. Todo sigue blanco y estamos adentro del auto. Afuera hay un hombre con mameluco amarillo, esperando que le responda, y más allá una camioneta de remolque del ACA, con las luces de stop titilando. Miro a Leti, que me mira muy ansiosa, con lágrimas en los ojos.

-¿Qué quiere el guardia suizo?

Leti estalla en una carcajada llorosa.

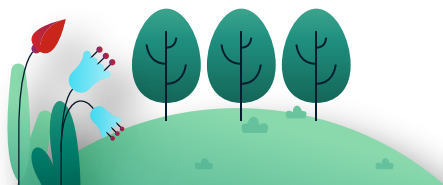
-¡No le digas eso al señor, que viene a ayudarnos!

-Pero... ¿y qué pasó?

Me explica que habíamos salido de la ruta, quise frenar, mordí la cuneta, hice un trompo y me tragué una alcantarilla. Como pegué de costado, mi cabeza dio contra el cristal de mi ventanilla, (que está rajado y con sangre) y quedé desvanecido como dos horas, hasta recién. Me cuenta que primero creyó que el golpe me había matado, pero después de un buen rato empecé a hablar, a mencionar a mis padres, a mis amigos, también a ella. Que se acercó alguien de la zona a ver qué nos había pasado, y muy gaucho llamó con su celular a la estación de servicio en la que habíamos cargado nafta. Son estos que están acá, que me piden que si me siento mejor salga del auto que van a intentar sacarlo. Trabajosamente puedo salir pero no estoy muy estable. Me llevan a la camioneta para que me siente.

Después de una hora de tironeos, el auto emerge de la nieve. Lo revisan, meten mano, lo ponen en marcha y... ¡arranca! ¡Y también avanza! El gran bollo que ostenta a un costado de la trompa no lo ha afectado. Me aconsejan que vaya despacio hasta El Bolsón, que ellos me van a escoltar.

Ya de nuevo adentro beso fuerte a Leticia y continuamos, muy pensativos, nuestro viaje.





6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

FINALISTA:

La vieja

Por Norma Duarte

El pueblo de mi niñez se levantaba cerca de un ancho y caudaloso arroyo, cruzado por un puente de madera que sabrá Dios, cuándo fue construido. Era un conjunto de casas humildes, con las paredes encaladas y los techos de chapa.

En un extremo estaba la escuelita de adobe, de la que mi padre era el único maestro. Del otro lado del puente, en una choza que apenas se mantenía en pie, vivía la curandera, a la que todos llamábamos "la vieja".

Ella sabía curar el empacho, el mal de ojo, la pata de cabra, la culebrilla, mordeduras de víbora, moquillo y otros males. Conocía las propiedades curativas de cada planta que crecía selva adentro. Con frecuencia, la veíamos cruzar el puente, envuelta en un poncho raído, con una canasta repleta de yuyos colgada de un brazo, y un gran crucifijo en la otra mano; dispuesta a curar a los enfermos. La gente le pagaba con huevos, verduras frescas y alguna que otra moneda. Que ella guardaba en un frasco panzón, al lado de su catre. Cuando alguien moría, la vieja solía decir: "El diablo metió la cola, no hay nada que pueda hacerse".

Aunque era hijo del maestro, no me diferenciaba de cualquier otro chico. Me gustaba pescar, cazar ranas y andar a caballo. Además, debía cumplir con las tareas escolares que me imponía mi padre. Pese a todo, siempre encontraba el momento para cruzar el puente y llegar hasta la choza de la vieja. Entonces, le pedía que me enseñara sus conocimientos sobre las plantas y las curaciones. Mi interés la halagaba, jamás se negaba a mis pedidos. Por ella aprendí a "tirar el cuerito", curar el mal de ojo, y los nombres y cualidades de los yuyos, que guardaba prolijamente en frascos de vidrio. Con mucha seriedad, me recomendaba que no intentara efectuar una cura hasta que fuera mayor.

_Sos un gurí _me decía _. Si lo hacés ahora, en vez de curar, te vas a enfermar vos.

Gracias a ella, muchas veces nos salvamos de una inundación. Solía pararse en medio del puente y alzar los ojos al cielo. Seguía el vuelo de los pájaros y olfateaba el viento. Luego, bajaba lo más rápido que le permitían sus piernas, entraba en la escuela y le gritaba a mi padre con voz áspera.



_¡Avisale a la gente que suba pa' la loma! Se viene la crecida.

Si alguien que no fuera del pueblo, hubiese escuchado a la vieja decir esas palabras en un día luminoso, cuando el sol brillaba radiante en un cielo diáfano, y la brisa era apenas una caricia, que despeinaba los sauces, seguramente hubiera creído que estaba loca.

Pero antes del anochecer, las nubes se amontonaban amenazantes, el viento soplaba fuerte y la lluvia aumentaba el caudal del arroyo hasta hacerlo reventar.

Una tarde de otoño, de esas que se acortan despacio y el aire parece enfriarse más temprano, mi padre y yo recogíamos leña, cuando escuchamos el motor de un auto que se acercaba. Nos sorprendió, porque nunca llegaban autos al pueblo. Lo vimos detenerse, un hombre bajó, en sus brazos cargaba un bulto envuelto en una manta.

_¿Dónde vive la curandera? _. Preguntó con tono angustiado, al tiempo que entraba en la escuela y depositaba el bulto sobre el viejo escritorio.

La manta se abrió y quedé pasmado. Allí estaba la criatura más hermosa que había visto en mi corta vida. Era una guainita más o menos de mi edad. Tenía la piel blanca como la flor del Irupé y el sol dormía en sus cabellos. Al verla, sentí una extraña emoción. Una ola de calor comenzó a subirme desde los pies hasta la garganta. Una orden de mi padre me sacó de mi abstracción.

_Andá a buscar a la vieja.

Corrí por el puente y, cuando llegué a la choza, la encontré con el poncho echado sobre los hombros y la canasta preparada.

_Vamos _ dijo.

No me sorprendió, ella siempre sabía lo que iba a ocurrir.

Apenas vio a la chica, pidió que la pusieran en mi cama. La vieja le tocó el pecho, la frente y las manos. Luego se persignó y miró al hombre con gesto severo.

_Le hicieron un trabajo fuerte a la gurisa. La culpa es de usted.

El hombre vaciló.

_No comprendo. ¿Qué quiere decir?

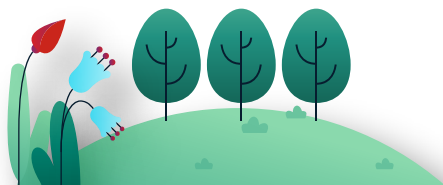
La vieja le clavó la mirada.

_Usted se enredó con una mala mujer y después la dejó. Ella se las cobró con la chica.

Él bajó la cabeza, avergonzado. Como siempre, la vieja tenía razón. Ella le pidió a mi padre que arrimara el brasero, que trajera una olla con agua y la pusiera sobre el fuego.

_¡No te quedes ahí parao, como un boleau, ayudá! _me gritó enojada.

Me indicó qué frascos tenía que abrir y qué yuyos debía alcanzarle. Yuyos que echaba a puñados en la olla. Cuando el agua comenzó a hervir, la acercó a la cara de la enfermera para que aspirara el vapor. La vieja puso el crucifijo sobre el pecho de la chica y comenzó una larga cadena de oraciones, en las que intercalaba palabras en guaraní. De pie a su lado, yo no apartaba los ojos de la guainita, que parecía muerta.





_¿El diablo metió la cola? _pregunté con un hilo de voz.

_No, m'hijo. La trajeron a tiempo, la rubita va a sanar.

El tratamiento duró diez días con sus noches, yo podría jurar que la vieja no durmió. Al fin, la enferma abrió los ojos, que me parecieron dos pedacitos de cielo. La vieja me miró y sonrió con su boca desdentada.

_Está bien, guri, ya pasó.

La tarde en que se fue, besó a la vieja y me tendió una mano tan delicada, que no me atreví a estrecharla, por miedo de que se quebrara.

Las semanas que siguieron fueron tristes para mí. Me sentía desganado, no iba a pescar ni a cazar. Dormía poco y comía menos. Lo único que me calmaba, era montar mi caballo y galopar durante horas.

Una mañana, a comienzos del invierno, vi que la vieja me llamaba desde el puente. De mala gana, fui hacia ella.

_Hace mucho que no venís a verme _me reprochó. Luego, de abajo del poncho, sacó un mechón de pelo rubio atado con una cinta y me lo dio.

_Tomá, llevalo al lao de tu corazón. Dispués, Dios sabrá.

Cumplí los trece y me mudé a la casa de mi tío, en la ciudad, para ir a la secundaria. Pero las vacaciones las pasaba en el pueblo. Para entonces, había decidido que estudiaría medicina. La vieja se alegró cuando se lo dije.

_ Vas a ser un buen dotor _me dijo con orgullo.

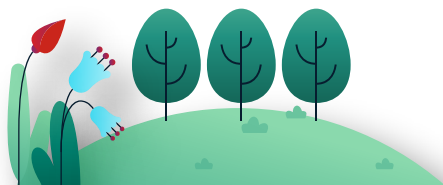
Ese año, el invierno se presentó muy frío. Mi padre y yo tomábamos mate junto al brasero, cuando un carbón se encendió al rojo vivo y luego se partió con un fuerte ruido. Nos miramos y ambos comprendimos. La vieja había muerto.

La encontramos tendida en el catre, con el crucifijo en la mano y una plácida expresión en el rostro. La enterramos bajo un ceibo que sombreada la choza. Después, tomé su canasta llena de yuyos y crucé el puente por última vez.

Esa noche, una fuerte tormenta lo derrumbó sobre el arroyo. La correntada se llevó sus maderas carcomidas.

Poco antes de que mi padre muriera, me recibí de médico. Terminé la residencia y tuve la posibilidad de trabajar en el hospital más importante de la capital de la provincia. Me mudé a un modesto departamento, cerca de mi lugar de trabajo. Mientras acomodaba mis escasas pertenencias, entre los objetos pequeños, encontré el mechón de cabellos. Lo había olvidado, pero al sostenerlo entre mis manos, volví a sentir el calor que subía por mis piernas hasta la cabeza. Recordé las palabras que, hacía tantos años, me había dicho la vieja: "Llévala del lao del corazón. Dispués, Dios sabrá".

Levanté la vista, me pareció que, desde un rincón, la vieja me sonreía. Guardé el mechón en el bolsillo superior del guardapolvo y salí para el trabajo. A media mañana, el jefe del servicio me llamó para presentarme a los nuevos residentes. Y ahí estaba ella, con el sol en el pelo y el cielo en los ojos.



6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

FINALISTA:

¡Logré sobrevivir!

Por Walter Natalio Cándido Mezzano

Relato fidedigno de un hecho de la vida real.

En el año 1951, estaba trabajando en la zona rural del Departamento San Lorenzo - Provincia de Santa Fe - República Argentina, realizando el empadronamiento obligatorio de todos los inmuebles y sus mejoras, dispuesto por el Gobierno de dicha Provincia, tarea que se efectuaba conforme con las directivas de la Junta Provincial de Valuación, a los fines de tener un padrón actualizado.- Tenía diecinueve años; era robusto, curtido por las tareas rurales que, de sol a sol, realizaba en la finca de mis padres, inmigrantes piemonteses, y como necesitaba trabajar y ganarme unos pesos, cuando me enteré que la Junta Provincial de Valuación reclutaba personas, en especial jóvenes y con cierto nivel de instrucción, para un trabajo, allí me presenté.-

El trabajo consistía en visitar cada casa, cada finca y/ o cada campo, para pedir los títulos de propiedad a sus dueños o al menos, la dirección de éstos, para poder entrevistarlos en sus hogares; controlar superficies y linderos del terreno y de las construcciones que sobre ellos se habrían realizado, para armar así un padrón de inmuebles y sus mejoras de cultivos o actividades allí realizadas, todo con mira a la aplicación de un impuesto inmobiliario.- Las tareas eran realizadas por Empadronadores, a quienes se les impartía cinco días de instrucción, para luego salir a cumplir con su cometido y que Dios los ayude, dado que esa actividad, no era para nada fácil en sí y, los futuros Contribuyentes tampoco querían colaborar, porque sabían que detrás de esto, aparecería un impuesto, que deberían pagar todos los años.-

Se le pagaba al empadronador por cada inmueble correctamente censado, existiendo las categorías de Empadronadores urbanos, semi urbanos y rurales; éstos últimos, eran los que debían realizar una tarea más ajetreada.-

Como bien dice el proverbio de que: "el buey lerdo, toma el agua turbia" y me había presentado entre los últimos, sólo conseguí ser un empadronador rural, tarea que casi nadie quería realizar, por las distancias que había que recorrer, para censar cada chacra, alejadas muchas veces varios kilómetros, unas de otras. También en el campo, la gente es más desconfiada aún, que en las ciudades y por ello



es sumamente reacia a dar los datos requeridos y encima de todo, había que lidiar con la perrada, que salía ladrando ruidosamente, apenas uno se arrimaba a “las casas”. Pero como dije, necesitaba ganarme unos pesos y “haciendo de tripa corazón”, me armaba de coraje y salía en mi bicicleta francesa, marca Francis Pellicier, (aún la conservo), bien temprano para devorar kilómetros; sufrir calores o fríos, según fuere la época y aguantar tratamientos descorteses. Regresaba, casi siempre, cuando ya había oscurecido y varias veces, sin haber almorzado, lo que solamente podía hacer cuando algún alma caritativa, me invitaba o me obsequiaba un par de sándwich hechos con pan casero y queso, a veces con el agregado de fetas de mortadela o salame, que los hacían verdaderamente sabrosos.-

En el mes de agosto de 1951, un día sábado, había dado por terminada mi tarea semanal, en una remota chacra.- Contento estaba, porque tendría al menos un día y medio de descanso, en esa actividad.- A buena marcha de mi bicicleta, lógicamente por desiertos y desperejados caminos de tierra, emprendí el regreso. Habría pedaleado una media hora, y estaba recorriendo un paraje sin casas a la vista, cuando aparecieron de la nada, cinco perros; que digo, perrazos, que se dirigieron rápidamente hacia mi humanidad, mostrando ya desde lejos, sus afilados colmillos y con evidente ánimo agresivo.-

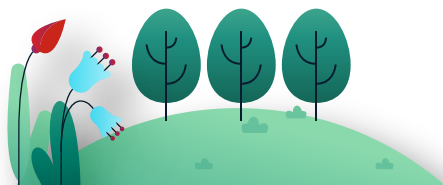
Sin lugar a dudas, se trataba de una jauría de perros salvajes (los llamados licaónes Argentinos). Se trata de perros que nacieron o fueron domésticos, en algún momento; pero que al quedar abandonados por sus amos, se volvieron feroces, salvajes, predadores que, acuciados por el hambre, se unían en grupos, para conseguir más fácilmente alimentos. Pululaban estas jaurías habitualmente en zonas alejadas de las poblaciones; siempre hambrientos, siempre agresivos, atacan al ganado, a las ovejas, etc. y cuando se encuentran muy hambrientos, también a los seres humanos.-

En todos los casos, después de derribar a sus víctimas, empiezan a comer sus cuerpos, cuando aún se encuentran con vida, lo que significa un tormento espantoso.-

Comprendí de inmediato, que estaba corriendo un peligro muy grave y real, al encontrarme desarmado, (ni un cuchillo portaba) y no haber señales de otro ser humano, en toda la distancia que los ojos podían divisar. Descendí prestamente de la bicicleta, porque tratar de huir era inútil, por cuanto la velocidad de desplazamiento de esos animales, era muy superior al andar de un hombre en bicicleta, sobre polvorientos caminos de tierra. Me arrimé enseguida a un alambrado de seis hilos, (3 con alambre de púas y 3 lisos); con esta precaución evitaba que pudieran atacarme por detrás y no me quedó otra cosa que esperar la acometida y tener la fuerza y la habilidad necesaria, para repelerlos y rogar a Dios, de que se cansaran y se fueran.-

Al llegar cerca de mi cuerpo, empezaron a pegar violentos saltos, con las fauces abiertas, (lo que permitía ver sus filosos colmillos y las patas delanteras extendidas, en las cuales se destacaban sus garras, armadas de fuertes uñas corvas). En cada una de éstas acometidas, levantaba con presteza mi bicicleta, haciendo que el animal chocara con fuerza contra sus hierros, (caños, cadena, pedales, plato y piñón dentados), conjunto que por su dureza o por sus púas, les ocasionaba golpes y heridas en fauces, narices y remos, haciéndolos en ocasiones rodar por el suelo, lo que aprovechaba con rapidez para propinarles un fuerte puntapié, en cualquier parte de sus cuerpos, con mis zapatones que, por su dureza, también los dañaba.-

Al principio era casi una diversión la pelea, porque cada animal, después del ataque, gemía de dolor y acusaba pequeñas lastimaduras, especialmente en su cara y el hocico. Pero después de la primera hora de acometimientos y defensa, ellos no cejaban en su empeño, y a mí en cambio, se me comenzaron a cansar los brazos, de tanto levantar el escudo protector que me brindaba la bicicleta y resistir, al mismo tiempo, la fuerza de la topetada , de cada salvaje animal que repelía.-





Había creído, en principio, que cuando vieran la inutilidad de su ataque, se cansarían y retirarían, pero me equivoqué totalmente, por cuanto muy furiosos o muy hambrientos, la jauría continuaba ininterrumpidamente el acometimiento y lo aumentaban más aún; (quizás eso me parecía, por causa del cansancio), y con más bríos aún, pese a las pequeñas, pero numerosas heridas en sus cuerpos, pero no cejaban en su empeño, por desear la comida que tenían acorralada.-

Cuando calculé que haría hora y media que me estaba defendiendo, con real pavor me di cuenta de que ya no aguantaba más y que pronto sería el bocado que saborearían esos famélicos cánidos. Confieso que lo que mayor angustia me causaba, no era la muerte en sí misma; sino la certeza de que empezarían a comer de mi cuerpo, cuando aún me encontrara con vida y raciocinio.-

Cada vez me costaba mayor esfuerzo y una dosis considerable de voluntad, el levantar la bicicleta y ponerla de parapeto entre mi cuerpo y el perro salvaje atacante. A pesar de mi desesperación, tuve razonamiento suficiente para pensar que, si esos animales salvajes tuvieran raciocinio inteligente, en lugar de hacerlo por turno, habrían atacado todos juntos y entonces sí que haría un buen rato en que estarían saciando su voraz apetito.-

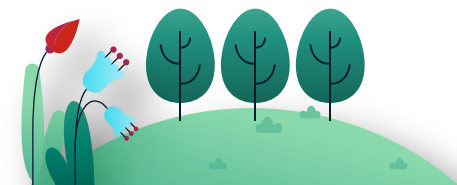
Al tener cabal certeza de que en contados minutos la última reserva de energía y por ende, mi desesperada defensa, se acabaría, contrariamente a lo que suele leerse en las novelas, de que las víctimas quedan dominadas por el pánico, en ese momento no me puse a pensar en mi familia o despedirme de mis padres y hermanos, sino que me ocupé en pensar, estudiar si no existía algún medio, alguna forma que pudiera salvarme de esa atroz y segura muerte. Mientras mis brazos se movían cada vez con menor velocidad y fuerza, mi cerebro marchaba, creo, a la velocidad de la luz; el espíritu de supervivencia había entrado a funcionar a pleno y estaba buscando la forma posible de salvar la vida, que estaba en tremendo peligro.-

Y fue en ese crítico momento, cuando recordé un artículo que había leído, tiempo atrás, en la revista Selecciones del Reader's Digest, en el cuál, se expresaba más o menos así: "que los animales de sangre caliente, en general tienen inteligencia, pero no raciocinio y por ende aprenden a conocer, por práctica, sobre las cosas y los seres que los rodean y así entienden, a quienes deben tener miedo o cuidado y a quienes pueden agredir; es por ello que si la figura conocida por ellos, desaparece o se puede trocar en otra desconocida, por elemental instinto de conservación, ponen distancia con aquello no entendible, por su programada inteligencia irracional".-

Sabía en ese momento, que estaba vencido; mis fuerzas se habían acabado, pese a la adrenalina y la voluntad que el cuerpo y la mente habían puesto para sostenerla; que antes de un minuto, quizás, ya no podría levantar más la bicicleta o aguantar el topetazo contra ella; en este último caso, caería de espaldas; siendo cualquiera de los dos hechos, el fin de mi corta vida y de los sueños que siempre, todo joven elabora mentalmente.-

Entonces, perdido por perdido, decidí poner a prueba lo que, en el precitado artículo, había leído; tiré decididamente la bicicleta en contra del atacante de turno e, inmediatamente, me puse "en cuatro patas" y comencé a lanzar gritos guturales y desaforados; aullidos espantosos, y a avanzar hacia los perros salvajes en esas cuatro patas, moviendo ostensiblemente los brazos y las piernas, sin dejar de gritar con desesperación y violencia y arrimarme a los cinco predadores, que se quedaron un momento como indecisos y asustados.-

Y el para mi maravilloso milagro, se dio. El efecto de esta nueva figura, para ellos desconocida que los estaba atacando, fue instantáneo. Se quedaron los perros sólo un par de segundos quietos, como anonadados, observando al "monstruo" que avanzaba furioso para atacarlos y luego, todos juntos, como si obedecieran a un impulso colectivo o ancestral, giraron sus cuerpos y salieron espantados a toda velocidad, huyendo de esa bestia mitológica que había aparecido; que no la conocían pero los





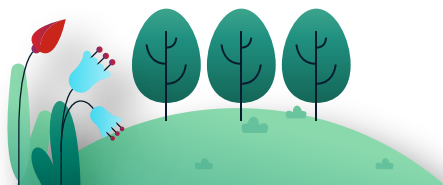
estaba atacando, seguro que para devorarlos.- En pocos segundos, la situación cambió radicalmente y los cinco perros pasaron a ser sólo puntos, cada momento menos visibles, sobre el polvoriento camino.-

El que quedó también anonadado fui yo, pero de alegría; no quería creer en lo que me había pasado y en la suerte que había tenido.-

Al final, en segundos, mi situación cambió totalmente y de un potencial cadáver comido por los cimarrones, había pasado a ser, nuevamente, una persona con ánimos, euforias y esperanzas de un futuro; pero lo más importante es, haber tenido el raciocinio, o el recuerdo, de una lectura de dicha Revista, que me permitió seguir gozando de la familia y de la vida.-

Había logrado sobrevivir, sí, a una situación extrema, que no deseo que nadie, se vea obligado a afrontar. Y lo mejor era que podría contarla, como realmente lo hice, pleno del orgullo de todo triunfador, con toda mi familia, mis amigos y también los compañeros del trabajo, enseñándoles como debían hacer, si se encontraran en una situación similar.-

Y ahora, después de muchos años, decido escribirla, como si fuera un cuento, en el sincero deseo de que esa experiencia, pueda servir a algún prójimo para salvarse de una situación parecida y para que pueda, entonces, radiante y satisfecho, decir con seguridad y alegría, como yo lo hice en su momento: ¡SOBREVIVÍ! ¡SOBREVIVÍ! GRACIAS A ESE ARTÍCULO DE SELECCIONES.-





6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

FINALISTA:

José y el psiquiatra

Por Daniel Santo Mastrandrea

El hombre camina hacia el viejo edificio, la mañana está fresca, seca y con viento, allí lo espera de lunes a viernes su trabajo, este será su último año, ya no más pacientes, ya no más clínica.

Camina el largo pasillo descolorido; el guardapolvo blanco abierto, mirada al piso, como no queriendo ver. Llega como de costumbre a su consultorio el número siete y un cartel que indica psiquiatría, abre la puerta blanca, frota sus manos, el picaporte frío le anticipa la temperatura ambiente del pequeño espacio. Ordena el escritorio de chapa y mira la luz que parpadea del techo húmedo, se sienta en la silla, corta un pedazo de papel y lo coloca debajo de una de las patas para solucionar el molesto movimiento.

-Ahora sí- murmura mientras se levanta y abre lentamente la puerta del consultorio - José Fernández.- llama.

Vuelve a su silla y entonces un hombre de abundante cabellera blanca y mirada celeste casi desconfiada se asoma despacio, entra y apoya sus manos para descansar su cuerpo en una silla de madera color verde que se encuentra frente al escritorio del psiquiatra.

-Tome asiento señor... José, ese es su nombre, ¿no?- le pregunta observando un papel que temblaba en sus manos.

José es un hombre tímido, introvertido, su vida de campo había marcado arrugas en su cara

-Si doctor.
El psiquiatra baja sus anteojos y vuelve al papel

-Bien José, usted tiene 78 años dice aquí en este informe, cuénteme que lo trae por aquí.

Incómodo y un poco molesto José reniega.



-Yo no quería venir, pero mi médico me sugirió que vea un psiquiatra.
-¿Por qué José? ¿Por qué piensa que le sugirió que usted vea un psiquiatra?

Movió su cabeza con resignación

- Me dijo que quizás por la edad esté viendo o imaginando cosas que...- .
- ¿Qué cosas está viendo o imaginando? - interrumpe el psiquiatra.

José acomoda su cabello y levanta sus pequeños ojos celestes.

-Mire...a veces aparece un niño pequeño de 8 o 10 años, me toma la mano y camina conmigo, yo lo siento feliz al niño.

El psiquiatra con voz calma pregunta -¿Usted está dormido cuando imagina esto José?

- No doctor, estoy despierto- contesta desconcertado.

El psiquiatra continúa ahora con más intensidad

-¿Y qué cara tiene el niño? ¿Se parece a alguien que usted conoce?

José contesta rápido, sin dudar

-No, no puedo ver su rostro-

La pregunta entonces es sagaz, casi tramposa -Entonces, ¿cómo sabe que está feliz? Usted dijo que lo sentía feliz.

- Eso se siente doctor, la felicidad se siente.

El psiquiatra aún molesto por el movimiento de aquella silla, vuelve a acomodar el papel -Si claro, la felicidad se siente José, y dígame...¿hacia dónde caminan usted y el niño?

El relato cobra vida en la voz de José y aquel viejo paciente se entusiasma e intenta describir - mire doctor, hay un sendero que esta bordeado por pastos verdes. A veces el niño me suelta la mano y se adelanta, es como si corriese para que yo lo siga, como un juego ¿vivo?, pero mis piernas ya no responden como antes...

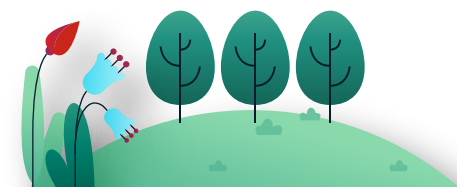
El doctor tira su cuerpo para atrás, queda pensando en la imagen y observa a José. Se da cuenta que su mirada es vivaz cuando relata; pone sus codos sobre el escritorio, junta sus manos y entrelaza sus dedos. Queda en silencio, el relato le es familiar. Pregunta de rigor...- ¿El niño le habla a usted? ¿O escucha su voz?

José pide sacarse la campera, con movimientos cansinos coloca el abrigo sobre el respaldo de la silla, esos segundos son silenciosos

-No doctor, no escucho su voz. Pero creo que no es necesario escucharla porque me da la sensación que nos conocemos.

El doctor rasca su cabeza, coloca una mano sobre su mentón - eso es interesante José. ¿Por qué y cómo cree que se conocen?

-Eso no lo sé doctor, también se siente.





El momento se interrumpe cuando alguien golpea la puerta del consultorio, el doctor no hace caso y con un gesto molesto pide disculpas a su paciente.

-José, usted tiene familia?

-No, doctor- esa respuesta no incomoda a José, siempre fue un solitario hasta de niño. Y así como si nada, se transporta al recuerdo de su casa paterna, en Gualeguay donde vivió una niñez sin hermanos, solo con la naturaleza acompañada de los verdes amarillentos y un amanecer con el cantar de los pájaros. Si le preguntaran o le hiciesen elegir un lugar donde fue feliz, sin dudas José elegiría su niñez en Gualeguay.

-Bien, volvamos al niño. ¿Tiene nombre? - la pregunta interrumpe el recuerdo de José.

- No se doctor, nunca hablamos.

- Ah claro - replica el doctor e intentando ver si su relato tenía coherencia vuelve a preguntar - ¿Y quién cree que es ese niño?-

José levanta los hombros siente la misma intriga que tiene su psiquiatra

- No sé doctor.

El psiquiatra reflexiona- José, ¿No será quizás el deseo de tener un hijo? Puede ser que...

-No, doctor.- lo interrumpe José - nunca quise tener un hijo.

Pausando sus palabras el doctor le observa - Y si le dijese entonces que quizás ese niño sea usted?

José lo mira, abre más grande ojos y se sonríe. ¿Qué podía saber ese hombre simple de su niño interior?

- ¿Cómo voy a ser yo doctor?

- José usted y yo estamos en una edad donde ese niño que fuimos, a veces, nos viene a encontrar- le responde con voz calma.

José asombrado, pone sus manos sobre sus piernas, se acomoda en aquel respaldo de madera, y pregunta...- ¿Para qué doctor ?¿ Usted me está diciendo que yo me voy a ...

-No, no, José-. Interrumpe el psiquiatra.-Lo que quise decir es que ese niño está feliz porque lo viene a acompañar en su momento más importante.

José se incomoda porque no entiende, quiere preguntar pero no sabe cómo.-Doctor, no es que no crea lo que me dice, pero ¿Por qué querría un niño acompañarme en este momento?

-¿Usted recuerda aquel niño? ¿El que fue? - pregunta el psiquiatra.

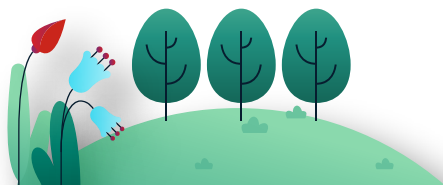
Otra vez, José recuerda los verdes, los pájaros, aquella casa vieja de campo, los atardeceres y el silencio profundo, bello.

- Si, doctor me recuerdo de gurí ¿Cómo no me voy a recordar?.

-Bueno José, usted está acompañado por ese niño, no está solo.

José queda callado, pensativo, recordando a ese niño, tratando de enlazar y de unir aquel pequeño con el de su imaginación.

El doctor le extiende la mano, lo saluda amable. - Si quiere, puede venir la próxima semana José.



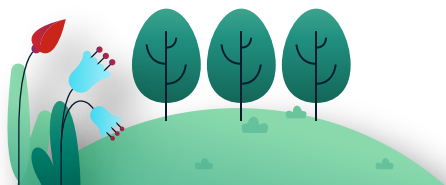


El hombre se levanta en silencio de la silla y lento se coloca su vieja campera. Se dirige pausado hacia la puerta, toca el frío picaporte, vuelve su cabeza y con voz incrédula pregunta...- Doctor, ¿Usted cómo sabe que ese niño soy yo?

El doctor quiere responder con su mirada, arruga sus ojos al sonreír, suspira y razona

- José... sabe, a mí también hace un tiempo me acompaña mi niño por el largo pasillo de esta clínica y también lo siento contento. Y por favor, dígame al doctor que lo envió, que usted...- el doctor se interrumpió a sí mismo con una pequeña risa- no, mejor no le diga nada, el doctor es muy joven para comprender.

José cerró la puerta y sus piernas comenzaron a caminar fuertes, ya no pesaban como antes, miro a un costado, y sonrió, abrió y cerró bien fuerte su mano, reía feliz mirando su niño, ya no estaban solos.





6ta Edición
Grandes Autores
RELATOS CORTOS

FINALISTA:

El viaje más esperado

Por Mariano de Vedia

Estar o no estar en el lugar indicado, en el momento preciso, marca el inexorable destino en el que vamos dejando nuestras huellas, muchas veces en forma inconsciente o fruto del azar o la casualidad. Tantas veces lo pensó Peregrino Pereira, un hombre con pocos hábitos literarios, muy apegado a las rutinas de una vida sin mayores sobresaltos y con poco margen para asumir desafíos y emprender aventuras.

A los 44 años, sus días habían transcurrido enmarcados en una secuencia inagotable de aburrida monotonía. Ultimamente, hasta el Vélez de toda su vida había dejado de darle satisfacciones. Sus trayectos a la oficina contable en la que trabajaba desde hacía 18 años, en el microcentro porteño, solo presentaban alteraciones cuando el caos de tránsito obligaba desviar su recorrido al colectivo de la línea 29, muchas veces por protestas callejeras de organizaciones sociales. La unidad lo llevaba siempre parado en el pasillo, tomado del pasamanos, y su única aspiración era asegurar con esa posición su supervivencia entre los pasajeros que viajaban tan atiborrados como él. "Correrse para el fondo", vociferaba cada quince cuadras el conductor del colectivo, que también llevaba su rutina entre las oscilaciones que producían sus repentinas aceleraciones a fondo e imprevistas frenadas.

En todos los viajes, aprovechando los momentos de detención por las pesadas obstrucciones en el tránsito, el chofer Fermín Rosales, que solía conducir la unidad a la hora en que solía viajar Peregrino, se detenía con el motor en marcha para bajar a comprar cigarrillos en el quiosco ubicado en la esquina de Diagonal Norte y Chacabuco, a cuyo encargado le hacía señas con las luces, cuarenta o cincuenta metros antes de detenerse. Peregrino se resignaba a tener que destinar por lo menos 50 minutos a ese viaje rutinario que lo llevaba a la burocrática jornada en la oficina. Pero ese viaje era, al mismo tiempo, uno de los pocos momentos en que podía dar rienda suelta a su imaginación y, por qué no, a sus sueños de ansiada libertad para liberarse de la monotonía que lo encerraba.

El piquete que esa mañana realizaban, por enésima vez en el mes, los militantes del Frente Popular por la Liberación Patriótica Permanente marcó un límite. Siempre acompañó las protestas populares, pero no a costa de tener que soportar después los retos de su jefe por llegar tarde al trabajo. "Yo



también podría organizar un piquete en la oficina contra ese cara de perro”, pensó más de una vez en ese atiborrado colectivo. Sabiendo que nunca se animaría a llevar semejante idea adelante, acumulaba en su pensamiento detalles de esa singular protesta imaginaria.

Pero el momento llegó en ese viaje, cuando el chofer del colectivo frenó para bajar a comprar los cigarrillos. “¿Y si tomo el volante?”, se preguntó con ánimo desafiante. Imaginó que podría conducir el colectivo y llevarlo a un sitio alejado del agitado ruido urbano. Lo detenían las normas penales y reglamentarias que reprimían esa conducta. Además, podría ser acusado de secuestro y privación ilegítima de la libertad por el resto de los pasajeros. Se vivían momentos de crisis en ese tiempo y pululaban los abogados pateando la calle en busca de casos.

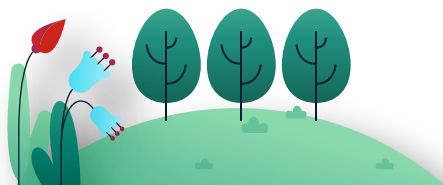
Pero las miradas cómplices de los pasajeros lo animaban a profundizar un poco más su imaginación. “¿No viste la película Sueños de libertad?”, le dijo por lo bajo un ocasional compañero de viaje, cansado también de bambolearse en la unidad automotor. O, por lo menos, creyó escucharlo, tal vez como una vía de escape a tanta monotonía. “¡Qué buena fuente de inspiración!”, pensó enseguida Peregrino, cuando de pronto se vio sentado al volante con el pie en el acelerador. “¡Cuidado!”, “¿Qué hacés, loco?”, fueron las primeras reacciones de los pasajeros. El colectivero quedó en la vereda, atónito, y no sabía si correr para detener al usurpador de su asiento o pagar con cambio el paquete de cigarrillos en el quiosco.

Peregrino se sintió a gusto y arremetió contra el piquete. “¡Vas a provocar un desastre!”, intentó detenerlo un ocasional aspirante a copiloto que intentó sin éxito disputarle el control del volante. “No soy tan loco”, lo atajó Peregrino, en un segundo de inspiración, mientras enfilaba el colectivo hacia el piquete. Mientras tomaba el volante con firmeza pensaba que en toda su vida solo había sentido una excitación similar cuando conoció y comenzó a frecuentar a una vecina que le atraía, pero a la que nunca se había animado a confesarle sus sentimientos. Aquella vez se frenó y luego se arrepintió. Ahora estaba dispuesto a avanzar en sus planes y no volver a pisar otra vez ese freno interior.

Los militantes que protestaban en la calle, con carteles, palos, mujeres y niños, abrieron sus ojos. Peregrino aminoró su marcha y les tocó bocina. “¡Los acompaño!”, les gritó, asomándose por la ventanilla izquierda. “Los acompaño con una condición: que sumen a sus reclamos el pedido de renuncia de Cardozo”. Rómulo Cardozo era el jefe prepotente a cuya cara de perro enfrentaba todas las mañanas sin chistar en la oficina. La intrépida maniobra pasó a convertirse en una oportunidad única. Pensaba que ese momento era su propio 17 de Octubre, al recordar la movilización de 1945 que marcó el nacimiento del peronismo.

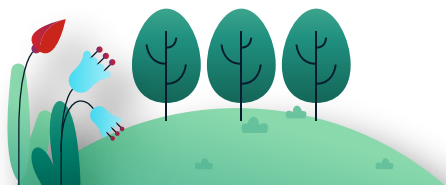
Fueron minutos de confusión para los dirigentes sociales que encabezaban la protesta. Pero enseguida consintieron. ¿Qué problema había con sumar un reclamo más a la extensa lista de reivindicaciones? Los bocinazos de Peregrino y el inmediato apoyo de la mayoría de los pasajeros envalentonaron al improvisado conductor. Pocos minutos pasaron en la audiencia de conciliación política, convocada justamente esa mañana, para que ese infrecuente punto que se coló en la protesta formara parte de las negociaciones. El funcionario del gobierno no puso objeciones. Era un buen aporte para compensar otras férreas negativas en la mesa de discusión.

Rómulo Cardozo se enteró de la novedad escuchando la radio y no lo podía creer. Enseguida recibió un llamado del Consejo de Profesionales de Ciencias Económicas, que tomó la sorpresiva exigencia como una prenda de negociación en las discusiones que habitualmente mantenía con las autoridades de gobierno y los sindicatos. El jefe no tuvo más remedio que dejar la oficina y su ascendente carrera de 45 años, jalonada a través de tantas actitudes obsecuentes y genuflexas, declinó en ese instante vertiginosamente.





Peregrino Pereira logró un triunfo inesperado, que se forjó en su imaginación. Y se sintió afortunadamente liberado. Llegaba, por fin, la liberación de todas sus angustias, problemas e inseguridades. Un cambio que le permitía enfocar la vida desde otra perspectiva y, quizás, animarse a proponerle a su vecina ir a tomar un café. Cardozo, en cambio, se retiró cabizbajo del edificio y sintió que el mundo se le derrumbaba encima. Caminó por la Avenida de Mayo, en una jornada inesperada y agobiante. El tumulto le impedía ver con claridad las imágenes agitadas de la calle. Sin embargo, pudo distinguir un colectivo detenido, con gente en su interior festejando y pensó: “No, a éste no me subo, porque está muy lleno”. Siguió caminando y se topó con un desorientado chofer de transporte público que deambulaba sin rumbo por el microcentro porteño, pidiendo fuego con la mirada perdida y un paquete de cigarrillos en su mano derecha.



GRUPO 
SUPERVIELLE

